
HARLEQUIN
Jazmin
CRÓNICAS DE SOCIEDAD
LISSA MANLEY

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Crónicas de sociedad, n.º 1838 - abril 2016
Título original: The Bridal Chronicles
Publicada originalmente por Silhouette® Books
Publicada en español en 2004

I.S.B.N.: 978-84-687-8180-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

Anna Sinclair miró hacia el otro lado de la rosaleda, levantando el velo con mano temblorosa. Un hombre alto, increíblemente apuesto, caminaba hacia ella.

Sonriendo, se detuvo para hablar con la ayudante del fotógrafo y su cabello rubio oscuro brilló como el oro bajo el sol de junio. Las copas verdes de los árboles, en contraste con un cielo azul sin nubes, eran el marco perfecto para un hombre tan atractivo. Con un esmoquin negro que destacaba la anchura de sus hombros, era un sueño hecho realidad para cualquier novia.

Pero no para Anna. Diseñar vestidos de novia era lo único que ella tenía que ver con esas tonterías románticas.

Preguntándose si estaba cometiendo un error por acercarse a una cámara o a un hombre tan interesante como aquel, Anna miró a Colleen Stewart, la alta y rubia reportera de *Crónicas Nupciales*, una sección del periódico *El Faro de Portland*.

–Por favor, dime que ese modelo no es mi novio.

Colleen, que estaba colocando la cola de su vestido, levantó la cabeza. Y luego lanzó un silbido de admiración.

–No es un modelo, Anna. Se llama Ryan Cavanaugh y es el propietario de una cadena de cafeterías, el Rincón de Java. Hace un mes, el protagonista de *Crónicas Nupciales* fue Jared Warfield, un competidor suyo. Y no me digas que tienes un problema para posar con hombres guapos.

Anna se volvió.

–Pues sí, tengo un problema.

Era cierto. Cuando estaba delante de un hombre muy guapo siempre hacía alguna tontería.

–¿En serio?

–Sólo he aceptado posar porque la modelo que iba a ponerse mi vestido no ha aparecido.

–¿Cuál es el problema? –preguntó Colleen–. Quieres que la gente vea tu vestido, ¿no?

–Claro que sí. He venido a Portland con la intención de firmar un contrato con la cadena ParaNovias y esas fotografías serían una buena publicidad.

Conseguir ese contrato era la última oportunidad para cumplir el trato que hizo con su padre.

–Pero cuando acepté posar en el último minuto no sabía que el novio sería tan… tan guapo. ¿Y si ganamos el concursito ese que habéis organizado?

–Entonces tendrás que hacer más fotografías y tus vestidos conseguirán más publicidad.

Más fotografías. Aunque se había teñido el pelo, de natural castaño, a un rojo cobrizo, esconder su cara tras un simple velo de encaje era un riesgo. Aunque, de milagro, ni siquiera Colleen la había reconocido.

–Más fotografías no. De eso nada.

–Pues yo creo que sería un placer posar con un tipazo como Ryan Cavanaugh.

–Sí, claro –Anna se levantó un poco la falda del vestido porque necesitaba aire–. Las fotografías saldrán estupendamente y ganaremos el concurso de la pareja del año –añadió, abanicándose con la mano.

¿Se daría cuenta alguien si salía corriendo antes de que tomasen las fotografías?

No debería haber aceptado. Era un riesgo demasiado grande. No quería terminar donde terminaban muchas conocidas herederas: en la portada de algún periódico sensacionalista.

–Yo sólo acepté posar para una fotografía. Una sola.

–Tranquilízate –sonrió Colleen–. No se sabe quién va a ganar el concurso de la pareja del año.

–¿Que no? Mira a ese hombre.

Anna siguió sus propias instrucciones y miró a Ryan Cavanaugh. Había dejado a la ayudante del fotógrafo, que parecía a punto de derretirse, y se acercaba a ellas con una sonrisa en los labios. Incluso a través del velo, sus ojazos azules consiguieron dejarla paralizada, como si tuvieran rayos láser.

Y su corazón dio un vuelco.

Ryan metió la mano en el bolsillo interior del esmoquin y sacó un móvil, sin dejar de mirarla.

–Es el hombre perfecto –murmuró, con voz temblorosa–. Las mujeres lo votarán por hordas… no creo que sea buena idea, Colleen.

Sí, quería que su vestido apareciese en el periódico, pero no si eso iba a costarle revelar su verdadera identidad. Para ellos era sólo Anna Simpson, diseñadora de la línea Anastasia de vestidos de novia. Nadie debía saber que, en realidad, era Anna Sinclair, la hija de uno de los banqueros más ricos del país.

¿Cómo iba a saber si de verdad era una buena diseñadora si el apellido Sinclair la seguía a todas partes?

Colleen apretó su brazo.

–Por favor, no me dejes plantada en el altar. A estas horas no encontraría otra modelo.

Anna se sintió culpable. Algo habitual en ella, porque siempre tenía la impresión de que no estaba a la altura de las expectativas de nadie. Pero antes de que pudiera replicar, el «novio» se acercó, móvil en mano. Debía medir casi un metro noventa y le sacaba una cabeza.

–Vaya, vaya –sonrió, mirándola de arriba abajo–. Tú debes de ser la novia. Hola, soy Ryan Cavanaugh.

–Anna… Simpson –dijo ella, estrechando su mano.

Cuando sonreía se le formaban arruguitas alrededor de los asombrosos ojos azules… y tenía hoyitos en las mejillas.

–Eres muy guapa. Por lo visto, soy un afortunado.

Ella apartó la mano. En sus veinticuatro años de vida nunca había visto un hombre tan guapo. Su sonrisa hacía que le temblasen las rodillas.

Y cada vez estaba más preocupada. Además de guapo, Ryan poseía la simpatía y el encanto masculino que había jurado evitar desde que un italiano, Giorgio, le partió el corazón.

Anna dio un paso atrás buscando aire y tropezó con la cola del vestido, pero Ryan la tomó del brazo. Tenía unas manos grandes, de dedos largos… y su contacto parecía quemarla a través de la manga.

–¿Estás bien?

«No, estoy fatal».

Nunca había podido mantener las distancias cuando se trataba de un hombre muy guapo y, desgraciadamente, aquel tenía todas

las papeletas.

Luchando contra el ridículo deseo de acercarse más para respirar el aroma de su colonia, Anna buscó una escapatoria. No tenía intención de desvelar su verdadera identidad posando con un hombre como Ryan Cavanaugh. Era hora de hacer lo que tenía que hacer: levantarse el vestido y salir corriendo.

–Lo siento, no puedo hacer esto –murmuró, dándose la vuelta.

–¡Oye! ¿Dónde vas? –gritó él.

–¡Anna! –gritó Colleen.

Ella ignoró los gritos. No quería que nadie sospechase que no era sólo Anna Simpson, humilde diseñadora de vestidos de novia, intentando abrirse camino sin los beneficios del apellido Sinclair.

Antes de que diera diez pasos, se vio impulsada hacia atrás. Ryan había pisado la cola del vestido.

–Aparte el pie, por favor. ¿Tiene idea de cuántas horas se han empleado para hacer esta prenda?

Anna había pasado noches y noches dibujando el vestido de raso blanco con corpiño bordado. Sólo para coser unas perlas al escote, una modista había tardado tres días.

Ryan guardó el móvil en el bolsillo y levantó el frágil encaje de Bruselas con expresión contrita.

–Siento haberlo pisado. Sólo quiero saber por qué se marcha. Pensaba que íbamos a hacer unas fotografías.

Estaba sonriendo de nuevo, mostrando unos dientes tan blancos como la nieve.

–Hacemos buena pareja, ¿no cree?

El estómago de Anna dio un vuelco.

Oh, no, otra vez no.

Ella no tenía ningún deseo de ser su pareja. Después de Giorgio, el último de una corta pero ilustre serie de novios guapísimos y mentirosos, no tenía ninguna intención de buscar pareja. Sabía que el interior de los hombres nunca era tan bueno como el exterior y estaba curada de espanto.

–Evidentemente, he cambiado de opinión, señor Cavanaugh. Y ahora, ¿le importaría soltar mi vestido?

–Venga, por favor. ¿No puede quedarse para hacer una fotografía?

Su tono, aparentemente sincero, la sorprendió. Pero Anna

recordó lo fácil que le resultaría «aparentar» sinceridad.

–Mire, sé que acepté posar para esas fotografías, pero he cambiado de opinión. Yo… no sabía que usted iba a ser el novio.

–¿Por qué? ¿No le parezco suficientemente agradable?

«Demasiado».

–No es eso.

–Entonces, ¿cuál es el problema? Usted aceptó posar para las fotografías, ¿verdad?

Anna se cruzó de brazos. No quería dejar a Colleen en la estacada y tampoco quería sacrificar una publicidad que le iría muy bien.

Pero la atención que el atractivo Ryan Cavanaugh podía despertar era un peligro por varias razones. Aunque podría parecer una bobada, Anna odiaba que le hiciesen fotografías; de niña no era precisamente muy guapa y había tenido que soportar ver muchas fotografías suyas, no precisamente favorecedoras, en numerosas publicaciones. Además, quería triunfar como la modesta Anna Simpson, no como Anna Sinclair. Esconder su identidad era lo más importante para ella.

Y para triunfar, necesitaba firmar el contrato con ParaNovias. Así lograría cumplir lo que pactó con su padre un año antes. Pero el plazo expiraba en una semana. Entonces podría vivir su vida en lugar de trabajar en la banca Sinclair.

–¿Por qué insiste en que pose con usted? –preguntó, intentando apartar la mirada de aquellos ojos azules, del mentón cuadrado, de los sensuales labios…

–Muy sencillo. Estoy organizando una campaña benéfica para recaudar fondos y la publicidad me vendría bien.

Una campaña benéfica. Ojalá pudiera ayudarlo, pero no podía ser. Esconder su cara en una sola fotografía sería relativamente fácil, pero más de una… lo dudaba. Alguien la reconocería. Tenía que haber otra solución.

–¿Por qué no busca otra chica para hacerse la foto?

–La respuesta es muy evidente –contestó él–. Con una mujer tan guapa como usted, seguro que ganaríamos el premio a la pareja del año. Y mi campaña benéfica conseguiría muchos fondos.

Intentando no sentirse culpable, Anna pensó en su negocio, lo único que era realmente suyo, la única forma de mostrarle al

mundo que, además de una rica heredera, era una persona con talento. No quería ganar el concurso de la pareja del año y enfrentarse con más atención de la prensa.

Pero no era una bruja sin corazón. No quería arruinar una campaña benéfica. Anna intentó apartarse para tomar una decisión; la proximidad de aquel hombre la ponía nerviosa.

¿Por qué los hombres atractivos siempre complicaban su vida?, se preguntó. ¿La infancia en un exclusivo internado, bajo la supervisión de su autocrático y ultraconservador padre, habría marcado su vida para siempre, incapacitándola para tratar a los hombres como trataba a las mujeres? ¿Su falta de experiencia la habría convertido en una mujer que continuamente se equivocaba con los hombres?

Quizá en el pasado, pero ya no.

Ojalá tuviera tiempo para meditar, pero no lo tenía. Tendría que lidiar con Ryan Cavanaugh sin el beneficio de unas horas de meditación.

–Bueno, ¿acepta ser mi novia? –preguntó él.

La «proposición» hizo que Anna se pusiera aún más nerviosa. Una vez soñó con un final feliz, pero en aquel momento sospechaba de todos los hombres. Había cometido muchos errores, que le costaron lágrimas, y no pensaba volver a pasar por eso.

Por fin, había adquirido sentido común.

Ryan tenía una expresión humilde, aunque dudaba que fuese auténtica; los hombres carismáticos como Ryan Cavanaugh normalmente conseguían lo que querían sin necesidad de ser humildes. Y, sin embargo, esa sonrisa era tan encantadora que estuvo a punto de aceptar.

A punto, pero no. Aunque se sentía culpable, no podía hacerse las fotografías. Estar en el ojo público era un riesgo demasiado grande. Sería como anunciar a los cuatro vientos su verdadera identidad, sacrificando su anonimato.

–Lo siento, señor Cavanaugh, pero he tomado una decisión. No voy a posar para esas fotografías –dijo, mirando el velo, que él seguía sujetando–. Y ahora, por favor, suelte mi vestido. Esta sesión fotográfica se ha terminado.

Iba a decepcionar a Colleen y sacrificaría una publicidad que habría sido fundamental para ella, pero… al menos no se

arriesgaría a que alguien la reconociese.

Era lo mejor que podía hacer dadas las circunstancias.

Frustrado, Ryan no se movió. Se preguntaba cómo sería el rostro de aquella chica bajo el velo. Era evidente que tenía un cuerpazo, pero su actitud parecía la de una maestra de escuela.

¿Por qué estaba tan decidida a estropear la sesión fotográfica? ¿Por qué se había puesto el vestido si no pensaba hacerse las fotos? ¿No era bueno para su negocio?

Fueran cuales fueran la razones, no pensaba dejarla marchar sin pedirle una explicación. Que otros niños no tuvieran que pasar por lo que él pasó de pequeño, sin nadie que cuidara de ellos y los guiase por el buen camino, era muy importante para Ryan. Quería publicitar la campaña de la Fundación Apadrina un niño y quería también limpiar su reputación, empañada por los comentarios de una ex empleada suya. Y no pensaba rendirse. Tenía que convencerla para que se hiciera las fotos.

–¿No quiere ayudarme? Sólo es una foto. No pasa nada.

–Se equivoca. He cambiado de opinión porque no quiero que nos elijan la pareja del año. Y con usted en la foto… en fin, casi está garantizado que así sería.

El halago lo sorprendió. Ryan seguía viéndose como el niño flaco y desnutrido que creció en uno de los barrios más pobres de Los Ángeles.

–Muchas gracias por el cumplido, pero yo creo que si ganamos sería gracias a usted.

–Déjese de halagos, señor Cavanaugh. No voy a arriesgarme a ganar ese concurso.

–¿Ganar no es bueno?

–No siempre. La atención de los medios… no me interesa –contestó Anna.

–Pero si sólo serían unas fotografías vestida de novia.

–Y entrevistas que no deseo. Por favor, intente comprenderme.

Ryan dejó escapar un suspiro.

–¿Seguro que no quiere pensarlo? Se beneficiarían muchos niños necesitados.

Niños como el que él había sido una vez.

–Por favor, no intente hacerme sentir culpable. ¿Quiere soltar mi vestido, señor Cavanaugh?

Ryan estaba deseando levantar el velo para ver su cara, pero no se atrevió.

«Concéntrate en lo que importa», se dijo.

La publicidad era fundamental para su proyecto. Y para compensar el deterioro de su imagen que la venganza de una antigua empleada, Joanna, le había ocasionado. Un daño que debía reparar antes de que el consejo de administración de la fundación decidiese que él no era la clase de persona que querían en su seno.

Por eso debía convencer a aquella chica costase lo que costase.

Afortunadamente, se le daba muy bien conseguir lo que quería.

Con los labios apretados, Anna observó a Ryan jugar con el velo de encaje.

–Se lo repito, señor Cavanaugh: suelte mi vestido.

Él la miró con sus preciosos ojos azules.

–Sí, claro –murmuró, soltándolo por fin–. Le acompaño al vestuario.

Aliviada, aunque un poco irritada por la presencia del hombre, Anna se levantó la falda para evitar que se ensuciara con el césped.

–Siento no poder ayudarlo… –empezó a decir. Pero en ese momento, el tacón del zapato se enganchó en la hierba y la hizo perder el equilibrio–. ¡Ay!

Ryan intentó sujetarla, pero llegó demasiado tarde y Anna cayó al suelo como un árbol cortado. El velo se enganchó en un rosal y quedó colgando, como una capa de rocío.

–¿Se ha hecho daño? –murmuró él, ofreciendo su mano.

Anna se levantó, alarmada. Tenía que ponerse el velo antes de que alguien la reconociese. Ya podía ver los titulares:

La heredera Anna Sinclair le da la espalda a los millones de su padre, haciéndose pasar por diseñadora de vestidos de novia.

Y encima del texto habría una horrible fotografía suya, como tantas otras veces.

–¿Seguro que no se ha hecho daño?

Estaban muy cerca y el olor de su colonia la embriagaba. Anna no podía dejar de mirarlo a los ojos, con el absurdo deseo de pasar una mano por su cara. La brisa mezclaba el aroma de su colonia con el de las rosas del jardín…

Entonces oyó el clic de una cámara y se volvió, asustada.

–Gracias, chicos –sonrió el fotógrafo–. Una de estas aparecerá en el periódico.

Ella quiso entonces que se la tragase la tierra. Su peor fantasía se había hecho realidad: un fotógrafo acababa de retratarla sin velo.

–¡Nos ha hecho una fotografía!

Ryan desenganchó el velo del rosal.

–Sí, eso creo.

–¿Y le parece bien?

Él la miró, sorprendido.

–Para eso habíamos venido aquí, ¿no?

Anna lo fulminó con la mirada. ¿Lo habría preparado él mismo?

–Muy bien, señor Cavanaugh, puede que hayan tomado una fotografía, pero yo no he firmado el contrato. Y no pienso hacerlo –le espetó, tomando el velo y dirigiéndose a paso firme hacia el vestuario.

–¿Ni siquiera por una causa benéfica?

Ella se volvió, echando chispas por los ojos.

–No me haga sentir culpable, señor Cavanaugh. Hoy no es un buen día –replicó, dándole la espalda.

Afortunadamente, todo había terminado. No pensaba dejar que aquellos ojos azules la desviasen de su camino. Tenía que triunfar en su propio negocio para no tener que trabajar en el banco de su padre durante toda la vida.

Ese pensamiento provocó un escalofrío. Aunque tenía formación para trabajar en el banco, no podía ni imaginarse en el aburrido mundo de las finanzas.

En el mundo de su padre.

Por eso siguió caminando. Tenía que alejarse del hombre de la sonrisa de oro y de sus razones para que aquella foto fuese publicada.

Aunque ella era una persona altruista, tenía que olvidarse del asunto. Su futuro, su felicidad estaban en juego. Esa fotografía nunca sería publicada. Ryan Cavanaugh tendría que buscar

publicidad en otra parte y ella sabía por experiencia que no le resultaría difícil.

Después de todos los canallas que la habían engañado, que la habían usado para traicionarla después, no pensaba ser el juguete de ningún otro hombre.

Capítulo 2

Anna se alejó, levantando la falda del vestido casi tanto como la barbilla. Aún irritado, Ryan tuvo que admirar su determinación. La gente solía verlo como un formidable enemigo y hacían lo que hiciera falta para plegarse a sus deseos. Pero, evidentemente, aquella chica lo había rechazado sin ningún problema. Era diferente, testaruda y decidida.

Y eso le gustaba. No se parecía a otras mujeres.

Una imagen de Sonya, la niña rica que le rompió el corazón, apareció en su mente. Se habían conocido a través de amigos comunes y pronto se volvieron inseparables. Seis meses más tarde estaban comprometidos y Ryan se sentía feliz, esperanzado por el futuro. Nunca esperó que ella rompiese el compromiso un mes antes de la boda. Aparentemente, y con la inestimable ayuda de sus millonarios padres, había decidido que él, aunque rico, no lo era lo suficiente como para ser su marido. Lo había dejado prácticamente plantado ante el altar para casarse con un multimillonario unas semanas más tarde.

Su traición, dolorosa e inesperada, lo había dejado atónito y herido. Y decidido también a evitar la clase de mujer rica y mimada que usaba a los hombres por capricho.

Pero aquella tal Anna parecía una mujer trabajadora, no una rica y frívola heredera como la que lo dejó plantado.

Ryan dejó escapar un suspiro. Lo más importante era que necesitaba aquella publicidad para la Fundación Apadrina un niño. Desgraciadamente, parecía que aquella chica no iba a ayudarlo en su esfuerzo.

Y era una pena. Si alguna mujer podía ayudarlo, esa era Anna. Era una belleza de pelo rojo cobrizo, los ojos de color brandy y la piel muy pálida, como de porcelana.

Tenía que ser amable con ella, convencerla de alguna forma. Un poco nervioso, se aflojó la corbata.

Tenía que convencerla como fuese.

Ryan miró la carpa que hacía de vestuario en medio de la rosaleda donde el periódico había decidido hacer la sesión fotográfica. ¿Cómo podía convencerla?, se preguntó.

En cualquier caso, la foto estaba hecha. No era la típica fotografía de dos novios… pero tenían que publicarla porque no había tiempo de buscar otra modelo. Y por eso debía convencerla para que firmase el contrato.

Había llegado el momento de usar las habilidades como negociador que lo habían hecho rico.

La invitaría a comer.

Ryan se acercó a la carpa. No vio a Anna, pero debía estar cambiándose dentro… a menos que hubiera salido corriendo con vestido de novia y todo.

Entonces vio a la periodista… ¿cómo se llamaba? Colleen. La alta y atractiva rubia parecía tan frustrada como él.

–¿Sigue cambiándose?

Ella asintió, suspirando.

–Está muy enfadada.

–Lo sé.

–Creo que la has puesto un poquito nerviosa…

La cabeza de Anna apareció entonces por entre los pliegues de la carpa.

–Os estoy oyendo.

Ryan observó aquellos ojos tremendos, la piel de porcelana sin una sola imperfección.

Era guapísima.

–Pues entonces habrá que guardar los secretos para más tarde –dijo, con una sonrisa en los labios.

Ella arrugó la nariz.

–¿Cómo puede seguir bromeando?

–Porque es lo mejor –se encogió Ryan de hombros.

Anna miró a la periodista.

–¿No puedes librarte de él?

La otra mujer levantó las manos, en señal de derrota.

–Yo no quiero meterme. Me voy.

–Traidora –murmuró Anna.

–Oye, tú te has echado atrás, así que… aunque me gustaría que firmases el contrato. Piensa en la publicidad para tu negocio.

–Lo siento mucho, Colleen. De verdad.

–Lo sé. Pero el que lo va a sentir es mi editor. Esperaba publicar esto lo antes posible y ahora habrá que buscar otra modelo… ¿Por qué no te lo piensas? Podemos hablar más tarde, si quieres. Por favor, piensa lo que me costaría encontrar a otra chica en tan poco tiempo.

Colleen se despidió y Ryan se quedó pensativo. Joe Capriati, el editor de *El Faro*, le había comentado lo importante que era la firma del contrato porque una mujer los demandó el año anterior por publicar unas fotografías no autorizadas. Y no querrían arriesgarse con Anna.

Ella, con los labios apretados, lo miraba con cara de pocos amigos.

–Por favor, váyase.

–Huy, qué miedo –dijo Ryan.

–Puedo darle miedo, se lo aseguro.

Ryan Cavanaugh no pudo evitar una sonrisa.

–Sí, da usted pánico –dijo en voz baja, mientras consultaba su agenda electrónica. No tenía ninguna reunión hasta las cinco, de modo que había tiempo–. ¿Puedo invitarla a comer?

Anna parpadeó, sorprendida.

–¿Quiere comer conmigo?

–Sí. ¿Algún problema?

–Es posible –murmuró ella, desapareciendo de nuevo dentro de la carpa.

Unos segundos después volvió a salir, con una camiseta de punto rosa y unos vaqueros de diseño que le quedaban como un guante. En una mano llevaba el vestido de novia y en otra un bolso enorme.

Ryan no pudo evitar una mueca de admiración. Aquella chica era una bomba.

–No suelo salir con hombres como usted.

Hombres como él. Ryan apretó los dientes. ¿Qué quería decir con eso? ¿Habría intuido su mísera infancia? Esa era una de las razones por las que Sonya lo dejó.

–¿Qué quiere decir? –preguntó, cruzándose de brazos.

–Ya sabe… guapo, atractivo. No me haga seguir.

–Ah, ¿entonces preferiría comer con un hombre feo?

–Francamente, sí –contestó Anna–. Los hombres carismáticos

suelen ser egoístas, manipuladores y… malvados.

Ryan se preguntó quién le habría hecho tanto daño. Pero estaba seguro de que Anna no compartiría esa información con él.

–¿Y si prometo comportarme? Francamente, estoy muerto de hambre.

Y era una sensación que no podía soportar. Le recordaba dolorosamente una infancia terrible, en la que muchas veces había tenido que mendigar a los vecinos para comer.

–No creo que…

–No hay nada malo en que comamos juntos. Usted también tiene que comer, ¿no?

Anna lo miró, insegura.

–¿Podríamos ir a un restaurante vegetariano?

Ryan levantó los ojos al cielo. Él era un hombre de carne con patatas.

–Vamos a llegar a un compromiso. Conozco un sitio donde usted puede comer ensalada y yo, un buen filete. ¿Qué le parece?

Ella sacó unas gafas de sol.

–De acuerdo.

Ryan la miró, pensativo. ¿Por qué se ponía unas gafas tan grandes? Parecía como si quisiera esconderse.

–De todas formas, no creo que usted necesite hacer dieta.

–No hago dieta, pero intento comer cosas sanas.

–Muy bien. Voy a cambiarme de ropa, no tardo nada –sonrió Ryan, entrando en la carpa. Se sentía absurdamente feliz por ir a comer con ella, aunque la comida sólo sería una oportunidad de convencerla para que firmase el contrato con el periódico.

Mientras se quitaba el esmoquin, la imagen de Sonya apareció de nuevo en su mente.

«Relájate», se dijo. Comer con aquella chica no llevaría a ninguna parte. Lo hacía por su imagen y por la campaña benéfica. Dos buenas causas. Y Anna sólo lo ayudaría a conseguir lo que quería.

Nada más que eso.

Anna siguió al camarero por la elegante sala, intentando controlar los nervios. ¿Por qué había aceptado comer con Ryan

Cavanaugh?

Aparte de la absurda fascinación que sentía por el guapísimo hombre que iba tras ella, claro.

En realidad, había aceptado porque se sentía culpable y esperaba encontrar la forma de ayudarlo con su campaña benéfica sin tener que aparecer en las fotografías. Ella tenía cierta experiencia en ese tipo de campaña gracias a su madre.

Y no era un crimen disfrutar de una buena comida en compañía de un hombre guapo, algo que no había hecho desde que Giorgio desapareció de su vida.

Entonces sintió un escalofrío. Giorgio la engañó desde el principio. Como una cría, olvidó los otros hombres guapos que habían pasado por su vida; hombres que la habían engañado, que sólo estaban interesados en el dinero de su padre.

Pero no le pasaría eso con Ryan Cavanaugh porque estaría en guardia.

Afortunadamente, aquella sólo era una comida para hablar sobre la campaña benéfica, nada más. Intentando olvidarse de Giorgio, Anna se ajustó el sombrero de paja. Las mujeres se volvían para mirar a Ryan. Pero era lógico, un hombre tan guapo llamaba la atención, quisiera o no. Especialmente con aquel traje de diseño que parecía hecho a medida. Además, era imposible que su elegancia y su seguridad pasaran desapercibidas para ninguna mujer.

Pero Ryan Cavanaugh sólo la había invitado a comer.

No pasaba nada. Comería con él, hablarían sobre su campaña benéfica y ese sería el final de su breve asociación.

El camarero los sentó en un reservado, frente a una mesa con mantel de hilo blanco y copas de fino cristal. Era uno de los mejores restaurantes de Portland y la gente hablaba en voz baja, dejándose envolver por el ambiente y la música de Vivaldi.

¿Ryan comería habitualmente en sitios tan elegantes? Ella solía evitarlos porque se había pasado la vida soportando los dictados de la sociedad en la que se movía su padre.

Afortunadamente, en aquel momento podía tomar sus propias decisiones.

Anna abrió la carta y miró la selección de verduras. Pero Ryan no hizo lo mismo.

–¿No va a mirar la carta?

–Ya sé lo que voy a comer –contestó él.

–¿Suele venir aquí?

–Casi todos los días. Sirven la mejor carne de la ciudad.

–Le gusta comer, ¿no? –sonrió Anna.

–Sí, me gusta –contestó Ryan, apartando la mirada.

Eso la sorprendió un poco, pero siguió mirando la carta. Aunque el olor de la barbacoa era delicioso, temblaba al pensar cómo acabarían sus arterias si comiese carne todos los días.

Anna decidió pedir un plato de pasta con verduras y volvió a mirar a Ryan Cavanaugh, que estaba mirándola con poco disimulado interés.

–¿Qué?

–¿Por qué lleva esas gafas tan grandes? Y ese sombrero… no parecen su estilo.

Ella se aclaró la garganta, nerviosa. ¿Cómo podía explicar su absurdo disfraz?

En realidad, Ryan ya había visto su cara y no parecía haberla reconocido. Además, estaban en un reservado, de modo que nadie, excepto el camarero, podía verla. Y con el pelo teñido no era tan reconocible.

–Sí, bueno… –murmuró, quitándose las gafas–. Por nada, es que me gustan.

–Ya, claro. Muy bien… ¿podemos tutearnos?

–Como quieras –contestó Anna.

–Está claro que tienes tus razones para ocultarte y que no deseas contármelas. Pero lo que me gustaría saber es por qué aceptaste en un principio posar para en la sesión fotográfica.

–Mira, sé que parece raro, pero la modelo no podía hacerla y yo quería que mi vestido apareciese en el periódico –dijo ella, tomando un sorbo de agua–. Sé que cambiar de opinión a última hora puede parecer muy infantil, pero cuanto te vi… en fin, que no eras lo que yo esperaba.

–¿Por qué? –preguntó Ryan, apoyando los codos en la mesa.

–Por favor… tú sabes que eres muy atractivo. No quería arriesgarme a ganar el premio a la pareja del año y tener que seguir haciendo fotografías.

Estar delante de una cámara siempre la había aterrorizado. O, más bien, el resultado, lo que aparecía en los periódicos.

–Ah, entonces soy un tipo peligroso, ¿no? –sonrió él–. Me siento herido.

Anna intentó no dejarse afectar por esa sonrisa contagiosa.

–Usted, señor Cavanaugh, es el tipo de hombre que yo considero peligroso.

–Habíamos quedado en tutearnos –le recordó Ryan–. ¿Crees en serio que soy peligroso?

–Sí. Conozco… o, más bien, he conocido hombres como tú. Todo carisma, todo encanto y nada más.

–Muchas gracias. Pero no ibas a casarte conmigo de verdad, sólo eran unas fotografías para el periódico.

Eso era cierto. Ella nunca conocería el final feliz, el cuento de hadas que tendrían las chicas para las que diseñaba los vestidos de novia. Dudaba que fuera a casarse y, sobre todo, dudaba que volviese a confiar en un hombre algún día.

Pero daba igual. Si cumplía lo acordado con su padre, si tenía éxito en su negocio se probaría a sí misma que era independiente, que podía ganarse la vida sin contar con Peter Sinclair.

–Puede que haya reaccionado de forma exagerada pero, en mi opinión, habríamos ganado el concurso de la pareja del año por ti.

Ryan casi parecía avergonzado por el cumplido.

–No estoy tan seguro, pero… ¿reconoces que has reaccionado de forma exagerada?

Anna tomó un trozo de pan.

–Es posible –murmuró. No podía contarle el daño que le habían hecho otros hombres, de modo que sabía que Ryan no iba a entenderla–. ¿Por qué me haces tantas preguntas?

Él soltó una carcajada.

–Quizá por el enorme sombrero y las gafas de sol. ¿Qué eres, una espía? –bromeó, inclinando la cabeza como para hablar por un micrófono secreto–. Agente 007 informando…

–Muy bien, muy bien –rió Anna–. Admito que puedo parecerte un poco rara, incluso un poco cómica, pero te aseguro que tengo mis razones.

Él se puso serio.

–Y yo sólo hago preguntas por curiosidad. Como te he dicho, estoy en medio de una campaña benéfica para recaudar fondos y la publicidad nos vendría muy bien. De hecho, es más que necesaria

para la Fundación Apadrina un niño.

Anna apartó la mirada. Sabía que Apadrina un niño era una fundación importante y le dolía no poder ayudar.

–Entiendo que mis razones son incomprensibles para ti, pero debes creerme, es lo mejor.

Ryan dejó escapar un suspiro.

–Yo había esperado convencerte.

–¿Hay alguna otra forma de conseguir la publicidad que necesitas?

Ella era una buena persona y le dolía hacer algo que pudiese afectar a una buena causa, especialmente si se trataba de niños.

–Es posible. Pero ese artículo llegaría a muchos lectores y sería una buena forma de recaudar fondos –suspiró Ryan–. Aunque también estaba pensando tirarme por un puente para llamar la atención.

–¿Tirarte de un puente? ¿Estás loco?

–No, lo haría por una buena causa –replicó él–. La fundación ayuda a niños que no tienen a nadie.

A Anna le sorprendía que un hombre tan guapo, y seguramente tan rico, se preocupase por niños a los que, probablemente, ni conocía.

–¿Por qué no pones anuncios en el periódico o en televisión? Supongo que tienes medios para hacerlo.

–Podría y lo haré si es necesario. Pero se ha comprobado que el público está saturado de ese tipo de campañas. Hay demasiadas asociaciones, fundaciones, grupos de ayuda…

Anna asintió, estudiándolo, intuyendo que había algo más. Algo que Ryan no le estaba contando. Pero también ella tenía un secreto y cuanto menos dijeran, mejor.

Cuando llegó el camarero, pidió el plato de pasta sintiéndose culpable. ¿Estaría exagerando al negarse a firmar el contrato? ¿O estaría siendo inteligente al mantener las distancias con un hombre que se parecía tanto a otros que le habían hecho daño en el pasado?

Ella nunca había tenido nada que pudiera llamar suyo de verdad, algo que no hubiera conseguido gracias a la influencia de su familia. Era muy importante que su negocio tuviera éxito sin el apellido Sinclair.

Por otro lado, sabía que retirando el permiso para publicar las

fotografías estaría decepcionando a un montón de gente y posiblemente dañando la campaña publicitaria de la fundación.

¿Debería reconsiderar su negativa?

–La verdad, siento mucho lo que ha pasado.

–¿Tanto como para cambiar de opinión?

Anna dejó escapar un suspiro. ¿Cómo se había complicado tanto aquello? Desde que fue a una boda de cuento de hadas cuando era pequeña, su sueño había sido diseñar vestidos de novia. Pero, para hacerlo, debió llegar a un acuerdo con su padre y eso significaba ocultar su identidad hasta que hubiese triunfado.

Pero desaprovechar una oportunidad para ayudar a esa fundación…

Como su madre, Anna era poseedora de un gran sentimiento altruista. Su madre siempre había apoyado las causas benéficas, sobre todo las relacionadas con la infancia, y ella deseaba hacer lo mismo.

Pensar eso la decidió.

–Muy bien, de acuerdo –murmuró, rezando para no lamentar su decisión–. Firmaré el contrato.

Ryan apretó su mano entonces y el contacto casi la hizo dar un salto. Ryan Cavanaugh no era hombre para ella. Seguramente ninguno lo era.

–Te lo agradezco mucho. De verdad.

Anna apretó los labios. Quizá había reaccionado de forma exagerada ante las fotografías, pero no pensaba dejarse llevar por una atracción pasajera. Era peligroso, todo lo que ella había jurado evitar.

Cuando llegó al restaurante, no pensó que comer con él iba a convertirse en una prueba. Pero estaba equivocada. Ryan Cavanaugh no sólo la había convencido para que firmase el contrato y, de ese modo, poder publicar las fotografías; además, hacía latir su corazón como un caballo desbocado.

¿Se estaría repitiendo la historia?

Anna tenía la impresión de que estaba a punto de cometer otro gran error.

Se despidieron en el aparcamiento del restaurante. Anna había

prometido encontrarse con él en las oficinas de *El Faro* para firmar el contrato.

Apartando la mirada de sus caderas, Ryan se concentró en su cara… o en lo que podía ver por debajo de aquel ridículo sombrero.

Era una belleza. Su pelo rojo oscuro contrastaba a la perfección con una piel de porcelana y unos ojos increíbles de color brandy.

Sí, era la «novia» que necesitaba. Para la publicidad, por supuesto. Después de lo de Sonya, la idea de casarse no se le pasaba por la cabeza.

Ryan subió al Porsche, suspirando. Afortunadamente, había conseguido hacerla cambiar de opinión. Mientras cruzaba el puente sobre el río Willamette, iba silbando. Anna Simpson había aceptado firmar el contrato, la fundación tendría la publicidad que necesitaba y así, cientos de niños conseguirían un hogar y una educación. Y, no gracias a Joanna, su imagen se limpiaría de nuevo.

Sonriendo, Ryan pisó el acelerador, disfrutando del claro cielo de Portland. Debajo, sobre las aguas del río, barcos de vela y yates de recreo se deslizaban sobre sus tranquilas aguas. Al otro lado, varios puentes conectaban las zonas este y oeste de la ciudad. Frente a él, las colinas West, cubiertas de encinas brillantes como esmeraldas.

Un paisaje que estaba a años luz del agujero donde él había crecido. Rodeado de pobreza, constantemente hambriento, Ryan siempre soñó con una ciudad como Portland, una ciudad próspera llena de edificios altos y oportunidades para aquellos que, como él, estaban deseando prosperar.

Con ese sueño en mente, a los diecisiete años dejó atrás su terrible infancia y unos padres que jamás supieron cuidar de él. Trabajó para pagarse la carrera y, diez años después, se había convertido en un hombre de negocios. Tenía todo el dinero que necesitaba y, sobre todo, tenía la oportunidad de promover una fundación en la que creía, una organización que ayudaba a niños cuya triste vida le recordaba a la suya.

Cuando llegó al otro lado del río giró a la izquierda, hacia las oficinas de *El Faro*. La angustia que había sentido desde que Joanna empezó a contarle mentiras a la prensa sobre él empezaba a desaparecer.

Apretando el volante con una mano, se arregló la corbata con la

otra. Las cosas iban exactamente como esperaba y, unos días después, todos sus problemas estarían solucionados.

¿Y los problemas de Anna?

Ryan intentó no pensar en ello. Tenía que concentrarse en lo que era de verdad importante.

Su negocio.

Su fundación.

No dejar que nadie le rompiese el corazón de nuevo.

Después de Sonya, nada más importaba.

Capítulo 3

Después de encontrarse con Ryan en las oficinas de *El Faro* para firmar el contrato, Anna tuvo una reunión con el señor Lewis, director de ParaNovias, la cadena de tiendas con la que Anna esperaba trabajar. Él había dicho estar encantado con sus diseños, pero le recordó que era novata en el negocio y que tenían más candidatos.

Anna salió de la reunión con la promesa de que la llamaría unos días más tarde, cuando hubiese tomado una decisión sobre qué diseñador iba a contratar en exclusiva para su cadena de tiendas.

Desilusionada y un poco desesperada, Anna volvió al hotel, agradeciendo que la reunión no hubiera sido un completo desastre. Al menos, el señor Lewis no la había reconocido.

Cuando volvió a su hotel, después de dejar el vestido de novia en la tintorería, la decisión de firmar el contrato con *El Faro* para dejar que su fotografía apareciese en el periódico le parecía la mejor para ella y para Ryan.

Si el señor Lewis veía el vestido, un diseño del que se sentía particularmente orgullosa, podría decidirse a contratarla en exclusiva como diseñadora.

El día siguiente lo pasó casi por completo en la habitación, dibujando un nuevo vestido de tafetán y delicado encaje italiano y comiendo apenas un sándwich vegetal. Mientras trabajaba, concentrándose en el escote barco y las mangas acampanadas, intentó no pensar en Ryan y en cómo su pelo rubio oscuro brillaba bajo la luz del sol. Cómo le quedaba el esmoquin, cómo sus ojos azules hacían que su pulso se acelerase…

Anna soltó el lápiz y se mordió los labios, mirando el diseño. Las líneas eran limpias y el estilo ligeramente medieval le parecía interesante, pero el escote, en el que llevaba trabajando una hora, no le gustaba en absoluto.

Frustrada, rasgó el papel. Unos ojos azules aparecieron en su mente…

¿Por qué no podía dejar de pensar en Ryan Cavanaugh?

Anna soltó el lápiz y empezó a morderse las uñas, que se había pintado cuidadosamente la noche anterior mientras veía antiguos episodios de la serie *La familia Brady* en la televisión, fantaseando con tener un padre como el actor que interpretaba al protagonista: comprensivo, generoso…

Cuando sonó el teléfono, se sobresaltó. ¿Sería Ryan? Inmediatamente se regañó a sí misma. ¿Por qué iba a llamarla?

–¿Dígame?

–¿Señorita Simpson?

–Sí, soy yo.

–Llamo de recepción. Ha venido una persona de la tintorería con algo para usted, pero tenemos un pequeño problema. ¿Podría bajar, por favor?

–Sí, voy enseguida.

Unos minutos después Anna bajaba en el ascensor, preocupada. Aquel era uno de los pocos vestidos que había llevado con ella a Portland y, hecho de satén y delicado encaje de Bruselas, era una pieza casi de colección. Esperaba fervientemente que los de la tintorería no lo hubiesen estropeado… o perdido.

–Hola, soy la señorita Simpson.

El hombre que había tras el mostrador de recepción sonrió.

–Gracias por bajar –dijo, mostrándole un papel–. Como ve, en el recibo de la tintorería dice que usted dejó dos artículos, pero sólo han traído uno.

Anna arrugó el ceño.

–Sí, dejé dos artículos… –murmuró, levantando el plástico–. Un vestido y un velo –entonces dejó escapar un suspiro de alivio–. Y aquí están los dos.

–Ah, muy bien. Sólo quería asegurarme –dijo el hombre–. No pasa nada –añadió, dirigiéndose a un chico, seguramente el mensajero de la tintorería.

El joven, bajito y rubio, la miró con una expresión muy rara.

–Yo la conozco. ¿No es usted de Filadelfia?

–No –dijo Anna, nerviosa.

–Sí lo es. Es usted la hija de un millonario… mi novia tenía fotografías suyas por todas partes porque quería copiarle el peinado –insistió el chico–. Pero, ¿no tenía el pelo de otro color?

Anna no sabía qué hacer ni dónde esconderse. Había bajado con tanta prisa que olvidó ponerse las gafas de sol.

–Anna Sinclair, ¿verdad? –insistió el chico.

Ella tomó el vestido con manos temblorosas.

–No, me confundes con otra persona.

¿Por qué había tenido que pasarle? ¿Por qué tenía que ser de Filadelfia el chico de la tintorería? Qué mala suerte.

Mientras esperaba el ascensor, dejó escapar un suspiro de angustia. No podía arriesgarse a que la reconocieran, no podía arriesgarse a perder la oportunidad de hacer realidad su sueño.

No podía dejar que publicasen su fotografía en el periódico.

Aunque le diese mucha pena estropear la publicidad para la fundación que apoyaba Ryan Cavanaugh.

Afortunadamente, había tomado la decisión antes de que la foto fuese publicada. Seguramente, todavía podría echarse atrás.

Mientras subía en el ascensor, afortunadamente sola, iba diciéndose a sí misma que eso era lo que debía hacer. Aunque se sentía culpable, Ryan tenía que entender lo que era importante para ella.

Haría cualquier cosa por convertirse en diseñadora.

Y aunque Ryan Cavanaugh podría entender eso, dudaba que un hombre tan decidido como él se quedara de brazos cruzados al enterarse de que la fotografía, por fin, no iba a aparecer en el periódico.

Anna golpeaba el suelo del ascensor con el pie, ajustándose las gafas de sol mientras subía al despacho de Ryan Cavanaugh. Había llamado antes para comprobar que él estaría allí porque quería darle la noticia en persona. Era lo mínimo que podía hacer.

Desgraciadamente, la decisión estaba tomada. El incidente con el chico de la tintorería la hizo darse cuenta del peligro. Su secreto no estaba a salvo en Portland.

Cuando salió del ascensor vio a Ryan caminando hacia ella y se quedó parada. Su corazón dio un salto mortal.

Estaba guapísimo. El traje oscuro destacaba el color claro de su pelo y sus ojos azules. El corte era ideal y la corbata, estampada en verde y dorado, hubiese podido parecer excéntrica en otro hombre,

pero a él le quedaba de maravilla.

Y con esos hoyitos que se formaban en sus mejillas cada vez que sonreía… Anna tuvo que apartar la mirada. Nerviosa, se concentró en un jarrón con rosas blancas y en los sofás de piel que decoraban el vestíbulo de la oficina. No pensaba dejar que el atractivo de aquel hombre descarrilase su carrera como diseñadora. Después de aquel día, Ryan Cavanaugh y ella no tendrían ninguna razón para volver a verse.

–Hola, Anna.

Ella sonrió, intentando disimular los nervios. Pero cuando él le dio la mano el calor se traspasó a su brazo y luego a todo el cuerpo, como un incendio.

–Hola.

–Encantado de volver a verte, 007. ¿Quieres que vayamos a mi despacho?

Anna asintió. Cuanto antes le diese la mala noticia, mejor.

Su despacho era grande, espacioso, con enormes ventanales desde lo que se veía una espectacular panorámica de Portland. En medio, un impresionante escritorio con sillones de cuero. Sobre el escritorio no había nada más que un ordenador portátil, un reloj de oro y un portalápices de mármol.

Un gimnasio ocupaba el otro lado de la habitación… eso explicaba el cuerpazo de Ryan, pensó Anna. A la izquierda, un sofá de piel y dos sillones frente a una mesita de cristal. En las paredes, estanterías de caoba llenas de libros y revistas y algunos cuadros abstractos.

Ryan se acercó al sofá y ella lo siguió, intentando controlar los erráticos latidos de su corazón. Sólo estaba nerviosa porque iba a darle una mala noticia, nada más.

–¿Quieres beber algo?

–No, gracias.

En aquel momento sería incapaz de tragar nada. Ryan se desabrochó la chaqueta y se sentó frente a ella.

–Bueno, cuéntame.

Ann se quitó el sombrero y las gafas.

–Pues verás… –empezó a decir, aclarándose la garganta.

¿Se enfadaría, se pondría a gritar como su padre cuando no conseguía lo que quería? En fin, si lo hacía era su problema.

–Dime.

–No quiero que se publique la fotografía.

–¿Qué? –exclamó Ryan, levantándose–. No sé qué te pasa, pero te pasa algo. ¿Por qué no quieres que se publique la fotografía?

Anna se mordió los labios. Seguramente le debía una explicación después de darle tantas vueltas al asunto. Pero no podía decirle la verdad… aunque quizá podría contarle parte, sin desvelar los detalles de su identidad.

–Mi padre espera que me una al negocio familiar en Filadelfia –dijo entonces, esperando que Ryan no le preguntase cuál era el negocio.

–Pero tú tienes otros planes, ¿es así?

–Así es. Hace un año llegamos a un acuerdo. Mi padre me daba ese tiempo para abrirme camino con mi propio negocio. Si lo conseguía, no tendría que trabajar con él.

Ryan levantó una ceja.

–¿Y por qué has venido a Portland?

–Porque quiero firmar un contrato con una cadena de tiendas… no sé si la conoces, ParaNovias. Y el acuerdo con mi padre expira dentro de una semana, por cierto. Esta es mi última oportunidad.

Él asintió, pensativo.

–Muy bien, lo entiendo. Estás intentando conseguir un cliente… Pero la publicidad en el periódico te vendría muy bien.

Anna no podía contarle que el chico de la tintorería la había reconocido y tampoco podía contarle que debía triunfar por sí misma, no por el apellido de su padre. Pero debía decir algo.

–La verdad es que… odio que me hagan fotografías. No soportaría ver mi foto en el periódico.

Ryan la miró, incrédulo.

–¿Es por eso? Venga, por favor…

Ella se levantó, irritada.

–Es por eso, sí. Y si no me crees es tu problema –le espetó–. Lo que pasa es que quieres salirte con la tuya como sea. Eres igual que mi padre.

–No tendría éxito en los negocios si no persiguiera un objetivo.

–¿Aunque eso le haga daño a otros?

Ojalá no estuviera tan familiarizada con ese tipo de hombre, pensó. Cierto, que no le gustase ver su fotografía publicada no

parecía importante, pero lo era para ella. Y mucho.

–¿Esto va a hacerte daño?

–Sí –contestó Anna.

Sabía por experiencia lo horrible que era que los demás decidiesen por ella, lo doloroso que era ver cómo se escapaba un sueño. Ojalá pudiera decirle eso… pero no se respetaría a sí misma si no hiciera todo lo posible para triunfar sin la ayuda de nadie.

Y si esa fotografía salía publicada alguien la reconocería, estaba segura. Y su sueño de convertirse en una diseñadora de éxito se iría por la ventana, junto con el sueño de escapar de la banca Sinclair.

Peter Sinclair, su padre, pertenecía a una estirpe de hombres ricos y arrogantes que, sin escrúpulo alguno, convertían la vida de los demás en un infierno para conseguir lo que querían.

Incluyendo la vida de su madre, que se había divorciado diez años antes porque no podía soportar más a un marido tiránico. Su madre siempre quiso ser novelista y sólo cuando por fin vendió su primer libro consiguió el respeto de Peter Sinclair. Después de vivir el sufrimiento de su madre, Anna sabía que sólo podría liberarse de la banca Sinclair si tenía éxito por su cuenta.

Y si esa fotografía salía publicada en el periódico sería imposible.

¿Cómo había caído en la trampa? ¿Por qué se dejó convencer por Ryan? ¿Por qué olvidó que él sólo quería salirse con la suya, como todos los hombres de su vida?

¿Por qué había bajado la guardia tan fácilmente?

Observando la angustiada expresión de Anna, Ryan se sintió culpable. Evidentemente, aquello era muy importante para ella, mucho más de lo que había creído.

Su absurdo disfraz debería haberle dado una pista de lo importante que era su trabajo, de lo que estaba dispuesta a hacer para proteger su sueño.

Un sueño con el que Ryan podía identificarse.

La expresión de derrota en su rostro lo entristecía. Era una chica que trabajaba para conseguir algo y él no tenía por qué ponerse en su camino. Además, le recordaba mucho a sí mismo diez años antes.

–Siento que esto sea un problema para ti, Anna, pero has

firmado el contrato con el periódico.

Ella se mordió los labios.

–Sí, lo sé. Y tú te alegras, claro.

–Sí, supongo que sí –murmuró Ryan, sentándose de nuevo.

El suave olor de su colonia parecía envolverlo, hipnotizarlo. Por eso se levantó, alejándose de aquel tentador aroma femenino. Tenía que concentrarse en el problema e intentar resolverlo.

No quería hacer nada que fuese perjudicial para ella, no quería verla tan triste…

–Bueno, vamos a intentar solucionar esto.

Anna se cruzó de brazos.

–¿Cómo?

Ryan se aflojó la corbata. Curiosamente, cada vez que estaba con Anna Simpson, sentía como si le faltase el aire.

–Puedo ser muy persuasivo cuando quiero. Vámonos.

–¿Dónde? –preguntó ella, levantándose.

–Al periódico.

Anna estuvo a punto de darle un abrazo, pero se contuvo.

–Muchas gracias, Ryan. Prometo ayudarte en cualquier otro evento benéfico que organice tu fundación, ¿de acuerdo?

–De acuerdo –suspiró él.

–He traído mi coche. Nos veremos en las oficinas del periódico.

Salió corriendo por el pasillo y, aunque ya se había ido, el aroma de su colonia quedó flotando en el aire. Era un olor delicioso, cálido, absolutamente especial…

Estaba siendo un idiota, se dijo Ryan. La colonia de Anna no era lo importante.

Pero mientras la seguía por el pasillo, observando su precioso trasero, se dio cuenta de por qué estaba dispuesto a ayudarla.

Y no lo tranquilizó en absoluto.

Se encontraron en el vestíbulo del periódico. Él se había subido las mangas de la camisa y Anna no pudo evitar fijarse en sus fuertes antebrazos, cubiertos de vello rubio…

Nerviosa, apartó la mirada. Tenía que controlar la absurda atracción física que sentía por aquel hombre. Entonces miró su reloj: las siete.

–Es muy tarde. Quizá deberíamos haber llamado.

–No, lo mejor es hacerlo en persona. No creo que les haga ninguna gracia retirar la foto a última hora y habrá que darles una explicación medianamente sensata.

Cuando iban a entrar en el despacho del editor, la puerta se abrió y una mujer rubia apareció en el pasillo

–¡Anna, Ryan! Hola, ¿qué hacéis aquí?

–Tenemos un pequeño problema –dijo Anna.

–¿Un problema?

–Sí –asintió Ryan–. No queremos que la fotografía sea publicada.

Su actitud parecía firme y eso la sorprendió. Estaba sacrificando su causa, algo que ningún hombre había hecho por ella.

–Lo siento –se disculpó Colleen–. Pero no puedo…

–Mira, Anna lamenta haber firmado el contrato y los dos queremos asegurarnos de que la fotografía no se incluye en el artículo. Es importante y estoy seguro de que podemos evitarlo.

–Lo siento, chicos. Si hubierais llamado antes… pero es que la fotografía ya está en prensa. Desde hace una hora.

Habían llegado demasiado tarde. La fotografía aparecería en el número especial dedicado a las novias y no había nada que hacer.

Anna cerró los ojos, imaginando las reacciones. Si al menos hubiera llevado el velo sería irreconocible, pero sin velo…

Su padre aterrizaría en Portland con toda su arrogancia y superioridad. Y tendría que volver con él a Filadelfia para trabajar en el banco. Adiós a sus sueños de ser diseñadora.

«Banca Sinclair, allá voy».

Capítulo 4

Anna estaba apoyada en su coche, cerca de las oficinas del periódico. A unos metros, el autobús paró para recoger viajeros y después volvió a cerrar sus puertas.

¿Qué más podía salirle mal aquel día?

Primero la reconocía el chico de la tintorería. Después descubría que la foto ya estaba en imprenta y, para remate, le ponían una multa por haber dejado el coche en una zona de carga y descarga.

–¿Estás bien? –oyó una voz a su lado.

Ryan.

–Sí, supongo que sí. Pero enfadada –murmuró ella, mostrándole la multa.

–En esta ciudad ponen multas constantemente. Yo he recibido tres el mes pasado –suspiró Ryan, sentándose en la acera.

–Vas a ensuciarte el traje.

–No pasa nada. Antes siempre estaba sentado en la acera.

Eso la sorprendió. Ryan Cavanaugh parecía más un niño mimado, de los que han nacido con el traje de diseño puesto. El tipo de hombre que ella deseaba evitar a toda costa.

–Lo dirás de broma. No pareces de los que se sientan en la acera a menudo.

Ryan apartó la mirada, pensativo.

–¿Tú crees?

Anna tuvo la impresión de que no quería hablar del tema. Estupendo. Tampoco ella necesitaba saber nada más. Su relación debía ser impersonal si no quería que la atracción creciese hasta límites preocupantes.

Se quedaron un rato en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos.

–Ojalá hubiéramos podido evitar que publicasen la foto.

–Bueno, tú vas a conseguir la publicidad que buscabas. Deberías estar contento.

–Pero estaba dispuesto a quedarme sin ella por ti. Y no sabía que

iban a publicarla enseguida.

–Ya, pero te ha resultado muy conveniente, ¿no?

Ryan arrugó el ceño.

–Podrías ser generosa y aceptar que he intentado ayudarte, ¿no crees?

Seguramente tenía razón. Ella nunca había sido una persona amargada y, normalmente, pensaba que, al final, todo salía bien. De modo que debía esperar que la publicación de la foto tuviese un final positivo.

Pero, ¿tener que volver a Filadelfia para trabajar en el banco de su padre podría tener un final positivo? Imposible.

Todo lo que había trabajado, todos sus sueños estaban a punto de evaporarse.

Suspirando, se sentó a su lado en la acera.

–Muy bien. Intentaré ser generosa.

En su mundo, una dama nunca levantaba la voz y siempre era amable y bien educada, fueran cuales fueran las circunstancias.

Y a veces resultaba muy difícil.

–Siento lo de la foto. Si hubiera podido evitarlo lo habría hecho –suspiró Ryan–. ¿Qué tal si cenamos juntos?

–¿Quieres que comamos juntos otra vez?

Él sonrió.

–Claro. Quiero que sonrías. ¿Qué tal si vamos a la feria y comemos en los puestos?

La sonrisa de aquel hombre era contagiosa, aunque la sugerencia de comer en los puestos de la feria podría ser un desastre. No le gustaban nada las hamburguesas grasientas.

Aun sabiendo que sólo la invitaba para no sentirse culpable, Anna asintió con la cabeza. Además, quizá así podría convencerlo para que rechazase hacer más fotografías en caso de que fueran elegidos la pareja del año.

–Siempre tienes hambre –sonrió.

Sólo salía con él por cortesía, se dijo. No tenía nada que ver con su sonrisa, ni con sus ojos azules, ni con el calor que sentía cada vez que la rozaba.

Ya, claro. Y si se lo decía muchas veces, quizá acabaría por creerlo.

Hacía una noche preciosa para pasear por el puerto, donde estaba localizada la feria. Una suave brisa refrescaba el ambiente que, en la ciudad de Portland, solía ser húmedo durante el mes de junio. El olor a comida llenaba el aire: patatas fritas, algodón dulce, hamburguesas, perritos calientes, bollos de todas clases…

Las llamadas de los feriantes: ¡tres dólares una tirada! hacían eco en el muelle de madera. El sonido del silbato de un barco de recreo que cruzaba el río Willamette y la música que salía de todas partes se mezclaban, creando una cacofonía alegre.

Ryan la miró, con los ojos brillantes.

–Esta noche me siento afortunado. Vamos a la caseta de tiro al blanco.

–¿Te gusta disparar?

–No, mujer, se tira con una pelota.

–Ah, muy bien –sonrió Anna.

Le apetecía disfrutar de la feria. Su padre las odiaba, como odiaba todo lo que, aparentemente, estaba por debajo de ellos y jamás la había dejado ir a ninguna. De modo que aquello podía ser una experiencia interesante.

Estaba empezando a darse cuenta de las cosas que se había perdido de niña, encerrada en el pequeño y aburrido mundo que su padre había creado para ella.

Cuando llegaron a la caseta, Ryan compró cincuenta boletos.

–¿Cincuenta? ¿No decías sentirte afortunado? –rió Anna.

–Y así es. Pero cuando hay un oso de peluche en juego quiero asegurarme de que lo gano.

Eso la sorprendió. Nunca habría podido imaginar que Ryan Cavanaugh le diese tanta importancia a algo tan infantil como un osito de peluche.

Como hacía una noche preciosa, el puerto estaba lleno de gente: parejas jóvenes, chicos y chicas, familias…

Tuvieron que esperar en la cola detrás de dos adolescentes llenos de granos que tenían los brazos largos pero muy mala puntería.

–Oye, ¿por qué no lo intentáis otra vez? –sonrió Ryan, ofreciéndoles un par de boletos.

Los dos se quedaron sorprendidos por su generosidad. Igual que Anna.

–¿Está seguro?

–Claro que sí. Venga, intentadlo de nuevo.

Uno de los chicos tiró un montón de botellas y ganó una serpiente de peluche. El otro no acertó, pero Ryan le dio boletos hasta que, por fin, consiguió una tortuga. Encantados, los chicos le dieron las gracias y salieron corriendo con sus premios.

–Ha sido un detalle –sonrió Anna.

Él se encogió de hombros.

–Cuando yo tenía su edad nunca conseguí ganar nada. Sólo quería ahorrarles un mal recuerdo.

El hombre de la caseta le dio una pelota y Ryan apuntó, muy serio, hacia las botellas. Y dio de lleno en el objetivo.

–¡Bingo!

–Parece que ahora ya sabes tirar –rió Anna. Sentía curiosidad por la infancia de aquel hombre, pero no se atrevía a preguntar.

–Elija su regalo –dijo el feriante.

Ryan la miró.

–Elige tú.

–No, no…

–Insisto. Como agradecimiento por haber venido conmigo.

Anna eligió un oso de peluche del mismo color que el pelo de Ryan.

–Ese.

–Un oso para la señorita.

–Es precioso. Yo antes coleccionaba animales de peluche. Mi habitación estaba llena de ellos.

–¿Cuál era tu favorito? –preguntó Ryan, tomando su mano.

–Un hipopótamo que se llamaba Retep.

–¿Retep? Qué nombre tan raro.

–Significa Peter, el nombre de mi padre. Peter al revés.

Ryan levantó una ceja.

–Ah, entiendo.

–Ya sé que es un poco raro, pero es que yo era una niña un poco rara.

–¿Qué nombre vas a ponerle al oso?

«Nayr», pensó Anna. Le parecía lógico ponerle al osito el nombre de quien se lo había regalado. Pero quizá era demasiado personal.

–No lo sé. Tendré que pensarlo.

De la mano, sintiéndose cada vez más como si fueran una pareja, Anna empezó a sentirse incómoda. Le gustaba ir de la mano con él, pero…. no debía hacerlo.

Ryan señaló la gigantesca noria.

–¿Te apetece?

Ella levantó la mirada.

–Pues no sé… Es que me dan miedo las alturas.

–Venga, no seas gallina. Veremos a todo el mundo desde el cielo. Y puedes abrazarte a mí.

La idea de abrazarse a Ryan casi le daba más miedo que subir a la noria.

–No sé, me parece que no…

–Si de verdad te da miedo, no subiremos. Pero yo creo que te gustará. El paisaje es increíble desde arriba.

La proximidad de aquel hombre hacía que Anna sintiera escalofríos. Era tan cálido, tan grande, olía tan bien…

Por fin se dejó llevar, diciéndose a sí misma que no pasaba nada, que sólo estaban divirtiéndose. En realidad, ella tenía poco tiempo para diversiones y debía aprovechar el momento.

Pero cuando la noria empezó a moverse, cerró los ojos e instintivamente se apretó contra él… eso sí, poniendo el osito de peluche como escudo.

–No está mal esto de que tengas miedo. Me gusta –rió Ryan.

Anna hubiera deseado bajarse, pero no podía hacerlo. La noria subía lentamente hasta llegar arriba del todo.

–Abre los ojos, tonta.

–No puedo. Me da miedo.

–A veces hay que enfrentarse con los miedos, Anna. Te prometo que no lo lamentarás.

Quizá era una bobada estar asustada. ¿Qué iba a pasar? Quizá debería intentar enfrentarse con sus miedos. Si se ponía muy nerviosa, podría volver a cerrar los ojos. Reuniendo coraje, los abrió… y le dio un vuelco el estómago al ver lo lejos que estaban del suelo.

–¡No puedo!

–No pasa nada. Abre los ojos y disfruta del paisaje. Venga, sé una chica valiente.

Anna abrió un ojo.

–Muy bonito.

–Abre los dos ojos, anda. ¿Ves el río?

Ella asintió. Era cierto, el paisaje desde aquella altura, con las luces del puerto, las de los barcos… era delicioso. El río Willamette era como una cinta de plata que recorría la ciudad y los coches que pasaban por los puentes parecían puntitos de luz, como gusanitos.

Era como si estuvieran en la cima del mundo.

Cuando Ryan apoyó la barbilla en su cabeza, se sintió… contenta, en calma, feliz. Era una sensación nueva para ella.

La noria se movía lentamente y, poco a poco, fue relajándose, disfrutando del paisaje y de la fiesta, con Ryan Cavanaugh a su lado.

Y, durante unos minutos, el resto del mundo, sus miedos, sus aprensiones, dejaron de existir.

La noria se detuvo demasiado pronto, aunque Anna reconocía que probablemente era lo mejor. No debería disfrutar tanto de la proximidad de Ryan, no debía darle la mano, ni abrazarse a él.

La experiencia le decía que no debía enamorarse de Ryan Cavanaugh.

Tras bajar de la noria fueron a los puestos de comida. Afortunadamente, además de grasientas hamburguesas y perritos calientes, encontraron un puesto en el que vendían sándwiches vegetales en pan de pita.

Ella pidió uno y Ryan una gigantesca hamburguesa doble con patatas fritas. La adolescente que los atendió no dejaba de mirarlo con los ojos como platos. No sólo ella, todas las chicas que pasaban a su lado lo miraban, extasiadas.

¿Y si decidía enamorarla?, se preguntó. No quería ni pensarlo. Sería horriblemente fácil encandilarse con él.

Anna lo siguió hasta una mesa de madera en la zona del merendero. Sus rodillas se rozaban y eso la puso nerviosa. No podía disfrutar de ese roce, no podía seguir tonteando. Nada bueno saldría de aquello.

Intentando portarse de forma sensata, se apartó un poco. Pero la mesa era muy pequeña y tuvo que colocar las piernas en un ángulo incomodísimo.

«Olvida la romántica noria, olvida la amabilidad de Ryan con esos chicos. Haz que te prometa ahora mismo que no habrá más fotografías… aunque nos elijan como la pareja del año».

Ryan comía su hamburguesa con ganas, pero ella había perdido el apetito.

–Te gusta comer, ¿verdad?

–Sí. Mi madre… era muy mala cocinera, así que ahora aprecio la buena comida.

Anna miró la grasienta hamburguesa.

–¿Eso es buena comida?

–A mí me parece que está riquísima. ¿Tú no vas a comer?

–Sí, claro. Enseguida –murmuró ella, mirando su sándwich.

–Sigues preocupada, ¿verdad?

Desde luego que sí. Pero además de estar preocupada por la fotografía del periódico, estaba enfadada consigo misma por la atracción que empezaba a sentir por él. Una atracción que no la llevaría a ninguna parte.

–Estoy intentando ver el lado bueno del asunto, pero mi padre…

–Debe de ser un hombre de carácter, ¿eh?

–Desde luego que sí. Los hombres de mi familia no son famosos por su sensibilidad, ni por ser comprensivos.

–Ya veo –suspiró Ryan.

–¿Tu padre era igual?

–Sí –contestó él, sin mirarla.

–Entonces, ¿sabes lo que es vivir con alguien que siempre espera demasiado de ti?

Ryan apretó los labios.

–Vamos a hablar de ti. No me apetece hablar de mi familia.

–Oye, que no quería cotillear.

Aunque le gustaría mucho saber por qué no quería hablar del tema. ¿Qué estaba escondiendo?

–Muy bien. Háblame de tu padre.

Anna dejó escapar un suspiro.

–Está acostumbrado a conseguir lo que quiere y siempre ha sabido lo que quería para mí: que me dedicase al negocio familiar y no a diseñar vestidos de novia. Llevamos toda la vida discutiendo.

–¿Has intentado convencerlo de que eso es lo que te gusta?

–Claro que sí. Pero soy hija única y él cree que es mi obligación

seguir sus pasos profesionales.

Anna se preguntó si su padre algún día entendería cuánto deseaba triunfar por sí misma, hacer su propia carrera.

Él quería que sacrificara sus sueños y Anna deseaba que la entendiera, que la respetase. Que la quisiera por sí misma y no por lo que quería hacer de ella.

–¿Por qué te preocupa tanto lo que piense tu padre? –preguntó Ryan entonces–. Haz lo que tú quieras hacer.

–Podría, pero al fin y al cabo es mi padre –murmuró ella, tomando una patata frita–. Y a pesar de su carácter, lo quiero mucho. Espero demostrarle que diseñar vestidos de novia no es sólo un capricho, que es una profesión, que es algo en lo que puedo tener éxito.

Ryan se limpió con la servilleta de papel, mirándola a los ojos.

–Tienes suerte de importarle, Anna.

Después, abruptamente, siguió comiendo.

Ella lo miró, deseando saber por qué sus ojos se habían ensombrecido. Aunque acababa de dejar claro que no quería hablar de su familia, deseaba saber más de él.

–Parece que hablas por experiencia. Lo de importarle a mi padre, digo.

–O no importarle.

–¿A tus padres no les importaba lo que fuera de ti?

–Como he dicho antes, no quiero hablar de mi familia –murmuró Ryan–. Pero alégrate de importarle a alguien.

–Sí, bueno, he conocido a mucha gente que no se preocupa en absoluto de los demás.

–¿Por ejemplo?

Giorgio, Randall, Jeffrey y Sam. Pero no podía hablarle de ellos. No podía decirle que todos esos hombres la habían engañado, atrayéndola con un físico impresionante para traicionarla después.

De repente, Anna se dio cuenta de que estaba cometiendo un error. Allí estaba, con un hombre que la atraía y que podría partirle el corazón como habían hecho los otros.

¿Qué estaba haciendo con el carismático Ryan Cavanaugh?

–Oye, ¿qué te pasa? –preguntó él, tomando su mano.

Anna bajó la mirada. La mano del hombre era grande, morena; la suya pequeña y blanca. Y ese roce fue un consuelo.

Aunque su madre siempre sería una influencia positiva en su vida, seguía sintiendo que había un vacío dentro de ella, un lugar muy solitario. Un lugar oscuro que deseaba el cariño de su padre y su aprobación.

Pero ese era un espacio que sólo su padre podía llenar. Sentir la mano de Ryan apretando la suya le hizo ver la verdad.

A Ryan Cavanaugh no le importaba nada.

Estaba siendo amable, simplemente. La había llevado a la feria porque quería conseguir algo, como Giorgio, como Sam…

–Tengo que irme.

Anna se levantó y prácticamente salió corriendo, enfadada consigo misma. Porque, en el fondo de su corazón, deseaba importarle.

Y ese era un deseo tan ingenuo como esperar el respeto de su padre.

–¡Anna! –gritó Ryan.

Sorprendido por su repentina desaparición, fue tras ella. ¿Por qué había salido corriendo? Anna Simpson no parecía la clase de mujer que sale corriendo a menos que ocurra algo grave.

Afortunadamente, él fue más rápido.

–¡Espera! –exclamó, tomándola del brazo.

–Suéltame.

–Sólo si prometes quedarte.

–No debería.

–¿Por qué no?

–Mira, ¿por qué no eres desagradable y me lo pones más fácil?

Ryan arrugó el ceño.

–¿Cómo?

–Que hagas algo antipático, algo horrible.

–¿Por qué dices eso? No te entiendo.

Anna dejó escapar un suspiro.

–Sólo quiero probar que tengo razón.

Él apretó su brazo, confuso.

–¿Razón sobre qué? Dímelo. No entiendo nada.

–Suéltame y te lo diré.

–Muy bien –asintió Ryan, levantando las dos manos.

Anna dio un paso atrás, nerviosa.

–Mira, lo siento… he salido corriendo porque… bueno, el caso es que cuando tú…

–Dilo de una vez.

–Estás haciéndote el simpático, ¿verdad? Estás fingiendo que tienes corazón.

–¿Fingiendo? –repitió él, perplejo–. A ver si lo entiendo… ¿crees que me estoy haciendo el simpático para conseguir algo? ¿Por qué?

–Pues… mira, un hombre se aprovechó de mí y yo no me di cuenta hasta que era demasiado tarde, ¿entiendes?

Ryan asintió. Pero que Anna lo creyese un canalla le dolía. Desde luego, él evitaba las relaciones románticas desde que Sonya lo dejó plantado, pero no era un mentiroso y no aparentaba ser ni más ni menos de lo que era.

–No te estoy engañando. Y no creo que seas tan tonta como para dejarte engañar por cualquiera.

–He sido muy tonta –suspiró ella–. ¿Cómo puedo estar segura de que tú no eres como los demás?

–Para empezar, porque soy un hombre de palabra. Así que cuando digo que no estoy fingiendo, es porque no estoy fingiendo. Todos cometemos errores, pero…

–Tú no. Seguramente tú tienes una vida perfecta.

Ryan estuvo a punto de soltar una carcajada. Anna se equivocaba de medio a medio, pero no pensaba decírselo. Había trabajado como loco para dejar de ser el niño pobre y abandonado y convertirse en el hombre de éxito que era. Había sufrido enormemente con la decepción de Sonya y por el dolor que le producía no ser lo suficientemente bueno para ella. Además, le resultaba difícil, incluso imposible, admitir su triste pasado.

Hasta le daba vergüenza contarle por qué le gustaba tanto comer… porque había crecido desnutrido, siempre falto de alimento.

Ryan apartó la mirada.

–Sí, ya…

Ella lo veía como lo veía todo el mundo: como un hombre de éxito sin ningún problema. Y no pensaba arruinar esa imagen.

Si le contase quién era en realidad, ella dejaría de admirarlo. Y Ryan deseaba su admiración.

Pero cuando volvió a mirarla vio algo que lo asustó: tenía los ojos llenos de lágrimas.

–Cariño…

–No me llames cariño –le espetó Anna.

–¿Por qué no?

–¡Porque me gusta demasiado! Me gusta que seas agradable conmigo y me gusta que me llames cariño, pero sé que es mentira y…

Ryan la miró, perplejo.

–Ya te he dicho que no estoy fingiendo –reiteró, sorprendido por su propio deseo de convencerla–. Te juro que no estoy fingiendo, Anna.

Ella lo miró como si tuviese dos cabezas.

–¿No lo entiendes? Para algunas personas es muy fácil decir mentiras. No sé si puedo confiar en ti –dijo entonces, con voz entrecortada.

Sin pensar, Ryan la abrazó. Al principio Anna intentó apartarse, pero después, trémula, se dejó hacer.

–No puede ser tan horrible –murmuró sobre su pelo, respirando el olor de su champú. No entendía por qué, pero su corazón se desbocó y le resultaba difícil respirar.

–Es horrible. Los hombres siempre quieren algo de mí.

–Pues gracias por pensar que también yo soy un canalla.

–Siento decírtelo así, pero una vez confié en un hombre guapo y encantador como tú y me rompió el corazón.

Un canalla, desde luego. Ryan entendía su dolor. Pero lo que Anna acababa de decir explicaba muchas cosas. Tenía miedo de confiar en él porque un hombre le había hecho daño.

Cómo la entendía.

Ojalá pudiese darle la vuelta al reloj para evitarle el dolor. Ojalá pudiese protegerla de todo.

–Anna, yo nunca te haría daño.

Ella levantó la cabeza, con los ojos brillantes.

–Entonces, prométeme que no haremos más fotografías para ese periódico. Aunque ganemos el concurso de la pareja del año. Sé que sería bueno para la fundación y me duele tener que pedírtelo, pero de verdad no quiero que publiquen más fotografías.

Ryan miraba su boca, deseando besarla hasta traspasarle su

deseo de que confiara en él. Pero besarla sería un error. Y tenía que darle lo que estaba pidiendo.

No quería aumentar sus problemas con más fotografías. Le recordaba tanto a sí mismo, intentando demostrarle su valía a los demás… No quería poner eso en peligro, aunque fuera un paso atrás para la Fundación Apadrina un niño. Siempre podría encontrar otra forma de llamar la atención sobre el proyecto, se dijo.

–Muy bien. No más fotografías.

Anna sonrió, mostrando unos dientes perfectos.

–Gracias –murmuró, poniéndose de puntillas para darle un beso.

Ryan estuvo a punto de volver la cara para besarla en la boca, pero se contuvo. Aunque le costó un mundo.

Después, ella se llevó una mano temblorosa a los labios.

–Perdona.

–No hay nada que perdonar –murmuró Ryan.

Tenía que recuperar la serenidad. Le gustaba Anna y aquel beso tan suave era el más sexy que había recibido en su vida, pero no podía olvidar su experiencia con Sonya, como ella no podía olvidar al hombre que le había hecho daño.

Quería ayudarla a triunfar. Eso era todo.

Y no pensaba dejar que lo afectase de ninguna otra forma.

Capítulo 5

Anna estaba sentada en la posición del loto, meditando, con su osito Nayr en el regazo. Y sin preguntarse por qué había sucumbido a la tentación de ponerle el nombre de Ryan… al revés.

Después de llamar a recepción para pedir que no le pasaran llamadas puso música para relajarse. Quería olvidar la emoción que había sentido cuando Ryan la abrazó en la feria. Una emoción absurda, infantil.

Aunque quería aclarar sus ideas, una frase daba vueltas en su cabeza: «¿Qué estoy haciendo?»

Debería haber mantenido las distancias en la feria, pero no pudo hacerlo. Era más fuerte que ella. Y cuando Ryan la abrazó… casi seguía sintiendo el roce de su cara en los labios.

¿Cómo sería un beso suyo? Un beso de verdad. La sola idea hacía que temblase de pies a cabeza.

¿Estaba enamorándose de otro hombre guapo y carismático, como Giorgio? No podía cometer el mismo error una y otra vez. Tenía que cortar aquello de raíz.

Era más fuerte que antes y había aprendido de la experiencia. Estaba decidida a triunfar como diseñadora, no como la heredera Anna Sinclair, de modo que debía recurrir a lo que la había ayudado en los peores momentos: la meditación.

Terminaría de meditar, ayudada por la música que salía del estéreo, y más tarde leería el libro de auto-ayuda que había comprado recientemente.

Después tenía que trabajar en sus diseños: un vestido de terciopelo color crema para bodas de invierno, una túnica de seda sin mangas para el verano y uno tradicional de gasa con mangas farol para las novias del sur, más conservadoras.

Afortunadamente, tenía muchas cosas que hacer para ocupar su tiempo. No podía irse a Filadelfia hasta que el señor Lewis, el director de ParaNovias, volviese de una reunión en Washington. Era una oportunidad ideal para olvidarse de Ryan Cavanaugh.

Gracias al cielo una cosa le había salido bien: su rostro aparecía medio tapado por el pelo en la fotografía que *El Faro* publicó dos días antes, de modo que era irreconocible. Y, afortunadamente también, no parecía la delgada y feúcha adolescente que apareció tantas veces en los periódicos de Filadelfia.

A pesar de todo, rezaba para que no los eligieran la pareja del año, aunque Ryan le había prometido que no habría más encuentros con la prensa.

Aunque su rostro estaba medio oculto por el pelo, la foto había resultado preciosa. Ryan sonreía con adoración, mostrando sus hoyitos y, por supuesto, estaba más guapo de lo que cualquier mortal tenía derecho a estar. Y ella lo miraba como si lo amase con toda su alma, como si fuera la mujer más feliz de la tierra con su flamante marido y su precioso vestido blanco. Los rosales que había alrededor eran el decorado idóneo para una pareja supuestamente perfecta.

Parecían enamorados.

Pero la fotografía era una farsa. Que los eligieran la mejor pareja del año era seguramente inevitable, pero contaba con la promesa de Ryan de no tomar parte en más sesiones fotográficas.

En un esfuerzo por controlar su nerviosismo, Anna respiró profundamente. Debía relajarse, tener pensamientos positivos y olvidarse de Ryan. En poco tiempo, sólo sería un recuerdo.

«Giorgio era un canalla, Giorgio era un canalla, Giorgio era un canalla», repetía su mantra una y otra vez.

Ese mantra en particular siempre había conseguido calmarla, pero justo en ese momento alguien llamó a la puerta de la habitación.

Anna no se levantó. Había dicho que no quería ser molestada.

«Giorgio era un canalla, Giorgio era…»

Pero seguían llamando, cada vez con más insistencia. Suspirando, Anna se levantó y, con Nayr de la mano, fue a abrir la puerta.

Y al ver a la persona que estaba en el pasillo se le encogió el corazón.

Ryan. En vaqueros, con una chaqueta de cuero y un casco de moto en la mano. Con aspecto de chico malo y guapísimo… lo que era en realidad.

–Hola.

–Espera –murmuró Anna, entrando en la habitación para apagar el estéreo.

–¿Metallica? Me sorprende que la gente del hotel no haya protestado.

–Siempre oigo heavy metal cuando estoy meditando. Me relaja.

–¿Puedo entrar?

–No creo que…

–Tengo noticias.

–A ver si lo adivino. Nos han elegido la pareja del año en el *El Faro.*

Ryan asintió, con expresión desolada.

–Sí.

Anna se dio la vuelta y empezó a pasear por la habitación.

–Lo sabía, lo sabía.

El plan para evitar a Ryan no estaba dando resultado y su fotografía, que por el momento sólo había salido en la sección especial dedicada a crónicas nupciales, acabaría en la portada del periódico.

–¿Puedo entrar? –insistió él–. He quedado con un amigo dentro de media hora y…

Anna dejó escapar un largo suspiro. No quería dejarlo entrar, pero tampoco podía ser una maleducada.

–Entra. Pero sólo un momento. Tengo muchas cosas que hacer.

–Gracias –sonrió Ryan, mirando la saturada papelera–. Cuántos papeles, ¿no?

–Mis diseños siempre sufren cuando estoy disgustada –suspiró ella, dejando a Nayr sobre el sofá–. No sé si podré volver a diseñar un vestido decente.

–¿Sigues enfadada por lo de la foto?

–¿Por qué si no? –murmuró Anna, sin mirarlo. No quería ver esos ojos azules, ni estar demasiado cerca. Evidentemente, la foto sólo era la mitad del problema. La absurda atracción que sentía por Ryan Cavanaugh era la otra mitad.

–Sí, ya me lo imaginaba. Por eso he venido en persona para darte la noticia.

–¿Has venido sólo para decirme eso? Podrías haber llamado por teléfono.

–Es que pasaba por aquí… ¿Te importa si me siento?

–No, claro.

Al sentarse en el sofá, Anna vio que hacía un gesto de dolor.

–¿Qué te pasa?

–Ayer participé en un evento benéfico para la fundación y tuve que correr con los pies atados a un compañero. Estoy hecho polvo.

Ella tuvo que contener la risa.

–¿Te hiciste daño corriendo?

–Es que mi compañero medía metro y medio. Deberías haberlo visto… Era tan pequeño que tuve que tirar de él durante toda la carrera… bueno, más que tirar tuve que arrastrarlo –suspiró Ryan, frotándose la pierna.

–¿Por qué has venido? A darme… la noticia… digo.

Estaba tan nerviosa que no podía decir una frase coherente.

–Como te prometí que no habría más fotografías… en fin, me enteré de que la nuestra había ganado el concurso y pensé que eso te disgustaría mucho. Quería asegurarte otra vez que no habrá más fotos.

–Pero saliendo en la portada del periódico tu fundación conseguiría una publicidad estupenda.

–Me creas o no, no quiero hacerte daño. Aunque reconozco que con esa publicidad recaudaríamos más fondos que con cualquier otro evento. La gente sólo tendría que rellenar el cupón con sus datos bancarios…

Anna se levantó para acercarse a la ventana. El sol vespertino iluminaba los edificios de Portland, dándoles un halo dorado.

–Ya sabes que estar en el ojo público no me beneficia. Afortunadamente, el pelo casi me tapaba la cara en la foto.

–De todas formas, estabas preciosa –dijo Ryan, levantándose.

Aunque dudaba de la veracidad de sus palabras, el corazón de Anna se aceleró.

–Gracias.

Cuando Ryan puso las manos sobre sus hombros, ella tuvo que contener un gemido. ¿Tanta necesidad tenía de calor humano?, se preguntó. ¿Por qué se portaba como una cría?

–Eras la novia perfecta.

–Sí, bueno, el vestido no estaba mal.

Estaba tan cerca que notaba su aliento en la cara. Y la miraba de

una forma… el deseo de perderse en sus besos, en sus brazos, era abrumador.

–No tenía nada que ver con el vestido, aunque era muy bonito, es verdad. Pero tu belleza viene del interior; es la belleza de una mujer trabajadora, una mujer que lucha por hacerse un sitio en el mundo. Y algún día harás muy feliz a un hombre.

–Lo dudo –murmuró Anna, sintiéndose culpable.

Ryan no tenía ni idea de quién era. Ignoraba que no pertenecía a la clase trabajadora sino al contrario; era la heredera de una de las dinastías bancarias más importantes del país.

–¿Tú crees en el amor verdadero, en el final feliz y todo eso? La mayoría de las mujeres lo creen.

Ella sonrió con tristeza.

–Solía creerlo, sí. Antes era una romántica incurable. Pero ya no. Para amar a alguien hay que confiar en él y… en fin, si quieres que te diga la verdad, no creo que pueda volver a hacerlo.

–A mí me pasa lo mismo –suspiró Ryan.

Anna lo miró, sorprendida.

–¿No crees en el amor?

–No. Mis padres no tenían tiempo para quererme, sólo para pelearse entre ellos. Y… podríamos decir que tampoco yo he sido afortunado. Por eso no creo en el amor.

–¿Te engañó una mujer?

–Pues sí, pero no soy el único.

Evidentemente, también Ryan había sufrido un desengaño. Ojalá pudiera ser ella la mujer que lo curase, pensó. Pero era imposible.

–Lo siento.

Ryan se encogió de hombros.

–Aprendí una lección importante, una que debería haber aprendido de mis padres. El amor es un mito. No existe.

Por alguna razón, la entristeció que aquel hombre no creyese en el amor verdadero.

–Me sorprende que estemos de acuerdo. Tú eres una persona muy generosa.

–Se puede ser generoso y no creer en el amor.

Anna asintió.

Desgraciadamente, eso era algo que tenían en común.

–Tienes razón.

–Mira, sé que no querías más atención de los medios, pero yo la necesito para la fundación. No quiero ser egoísta, pero tampoco puedo olvidar mis prioridades. Quiero protegerte, pero es absurdo desperdiciar una oportunidad así para ayudar a los niños de la fundación.

O era muy buen actor o de verdad estaba siendo sincero. A Anna le gustaba pensar bien de la gente, pero eso dio lugar a muchos desengaños.

–¿Qué quieres decir?

–Que el editor de *El Faro* insiste en que sigamos adelante con esto.

–¿Cómo?

–Por lo visto, la pareja del año debe tomar parte en una boda de mentira. En televisión. Mañana.

Anna lo miró, aterrada.

–Pero me prometiste…

–Lo sé, lo sé… He ido al periódico para intentar que nos dejasen en paz, pero…

–¿De verdad lo has intentado?

–Te lo juro –dijo Ryan.

Seguramente era cierto, pero eso no cambiaba nada. Lo que Anna más temía era aparecer en público… en la televisión ni más ni menos. Era impensable.

Una boda de mentira, montones de fotografías, su imagen en televisión… todo lo que ella temía. Y, sobre todo, Ryan Cavanaugh.

Tenía que encontrar la forma de escapar. Como fuera.

Antes de que su tonto corazón la hiciera rendirse.

–No puedo hacerlo –dijo Anna.

Ryan dejó escapar un suspiro. Había ido al hotel para darle la noticia en persona y para no sentirse culpable.

No había ido para verla. Aunque cada día le parecía más fascinante. Con unos chinos de color beige, una camiseta blanca, el pelo sujeto en una coleta y sin gota de maquillaje, era sencillamente preciosa. Su atracción por Anna complicaba el asunto de una forma extraordinaria.

–No puedes echarte atrás.

–Prometiste ayudarme, Ryan. No puedes hacerme esto.

Era cierto, se lo prometió. Y había intentando que el editor de *El Faro* eligiera a otra pareja, pero no hubo nada que hacer. Los habían elegido por votación.

Y cuando le dieron la oportunidad de instalar una caseta con información de la Fundación Apadrina un niño, tuvo que aceptar. Sólo le quedaba convencer a Anna para que cooperase.

Pero no sabía cómo. Quizá recordándole lo importante que sería para su carrera mostrar otro vestido de novia en televisión. Ryan esperaba, rezaba para que su deseo de triunfar profesionalmente fuera más importante que sus escrúpulos de aparecer en público. Y que aceptase por el bien de los niños.

–Los del periódico me han dado permiso para instalar una caseta de la fundación. ¿Sabes lo importante que sería eso? Una imagen del logo en televisión significa dinero. Pero también sería bueno para ti, Anna. ¿Lo has pensado?

–Claro que lo he pensado. Por eso me metí en este lío.

–Muy bien, vamos a mirar el asunto desde un ángulo diferente. ¿Has conseguido el contrato que querías?

–Todavía no.

–¿Por qué no?

–Porque el director aún no ha tomado una decisión.

–¿Le has mostrado tus diseños?

–Claro.

–¿Y qué dijo?

–Le gustaron mucho, pero…

–¿Pero qué?

–No estaba seguro porque soy una diseñadora desconocida.

–Pues por eso –sonrió Ryan, triunfante–. No serás tan desconocida si tu vestido sale en televisión, ¿no te parece?

–Eso no es jugar limpio –protestó Anna.

–Mira, quiero que esto ayude a la fundación, una buena causa que me importa mucho. Y tu negocio también se beneficiaría. Yo diría que es justo.

Anna se cruzó de brazos y empezó a pasear por la habitación, enfadada.

–Muy bien, tú ganas. Y tienes razón, me gustaría ayudar a esos niños. La verdad es que me he sentido culpable desde el principio.

Pero, ¿sabes una cosa? Eres muy bueno manipulando a los demás. Primero me prometiste que no habría más fotos y ahora…

–Lo he pensado mejor y creo que es bueno para ambos. No tenía intención de manipularte.

–Ya, claro.

–Lo digo de corazón. Además, creo que quien más tiene que ganar con esto eres tú, no yo.

Anna se dio la vuelta y empezó a buscar algo en su maletín, como si él ya hubiera salido de la habitación. Y eso hizo que Ryan sintiera como un vacío en su interior, una sensación dolorosa.

Se sintió más solo que nunca.

Y, por primera vez desde que Sonya lo dejó plantado, se preguntó si su trabajo, en el que se había concentrado por completo desde entonces, iba a ser suficiente para hacerlo feliz.

Capítulo 6

Anna miró la lujosa tela de la falda y dejó escapar un suspiro. No podía creer que llevase otro de sus vestidos de novia.

Pero allí estaba, en un vestidor del Pabellón Ferial de Portland, envuelta en toneladas de satén blanco, intentando no moverse mientras la coordinadora del evento abrochaba los diminutos botones.

El Pabellón Ferial estaba lleno hasta los topes y Ryan y ella debían hacer su entrada triunfal en diez minutos, como flamante pareja de novios.

De mentira, claro. Pero incluso una boda de mentira con Ryan era capaz de hacer que sintiera mariposas en el estómago.

Nada nuevo. Estaba de los nervios desde el día anterior, cuando él le dio la noticia. Pero intentaba aceptar su consejo y ser práctica: aquella charada sería buena para su futuro. Una vez que hubiese aparecido en televisión del brazo de Ryan Cavanaugh, llevando aquel vestido del que se sentía orgullosa, conseguiría el contrato con la cadena de tiendas ParaNovias. Estaba segura de ello.

Y así le probaría a su padre que podía llegar por sí misma, sin su ayuda.

–Por favor, no te muevas –le rogó la coordinadora–. Es difícil abrochar estos botones tan pequeñitos.

Anna lo intentó, aunque le temblaban las piernas.

–¿Te queda mucho?

–No, estoy acabando.

La imagen de Ryan no dejaba de aparecer en su cabeza. Con sus ojos azules, con sus hoyitos en las mejillas, con su expresión tierna, casi la hacía olvidar la brutal lección que había aprendido con otros hombres.

Le hubiera gustado conocerlo mejor y… Por enésima vez, Anna se regañó a sí misma. No debía creerlo, todo era una pantomima para convencerla de que hiciese lo que él quería. Nada más. No debía olvidarlo, no debía seguir pensando en un hombre que no

tenía nada que ofrecerle.

–Bueno, ya está –sonrió la coordinadora, alisando la cola del vestido–. Puedes darte la vuelta.

Anna se miró al espejo y tuvo que contener un grito de emoción. Aunque ella misma había diseñado el vestido y sabía exactamente cómo era… en la percha o en papel.

El color perla y el estilo imperio la hacían parecer una princesa de cuento de hadas. El peluquero le había hecho un moño alto al que se sujetaba una tiara de perlas con un velo corto que añadía ingenuidad a su aspecto. Era realmente espectacular.

Parecía una novia de verdad.

Pero no lo era. Y ya era hora de dejar de fantasear sobre el amor y el matrimonio.

Anna diseñaba vestidos para otras mujeres, no para ella.

Ese pensamiento hizo que la envolviera una ola de tristeza y, sorprendida, se dio la vuelta para que la coordinadora no se diese cuenta.

–Bueno, vamos a terminar con esto de una vez.

Mientras recorría el pasillo que llevaba al escenario, Anna iba repitiéndose un nuevo mantra:

«Pasa el menor tiempo posible con Ryan, pasa el menor tiempo posible con Ryan».

«No le prestes atención a su sonrisa y a su, aparentemente, generosa personalidad».

Esperaba que la ceremonia fuese corta y se decía a sí misma que no debía tener miedo de las cámaras. Además, su rostro quedaba escondido por el velo.

Tenía el estómago encogido, pero hizo un esfuerzo para aparentar tranquilidad.

Hasta que alguien abrió la puerta que daba al escenario. Ryan estaba entre cajas, absolutamente guapísimo con un esmoquin negro, su pelo rubio brillante bajo los focos. Y rodeado por una corte de mujeres sonrientes.

Anna se detuvo, sin respiración. Una sensación poco familiar subió hasta su garganta…

¡Estaba celosa!

Se quedó como una estatua, viéndolo bromear con aquellas chicas… a las que hubiera sacado los ojos.

Ella hubiera querido reír así, hubiera querido ser el centro de su atención, de su vida.

Anna se llevó una mano al corazón. Ojalá pudiera engañarse a sí misma. Ojalá pudiera decirse que no sentía nada por Ryan Cavanaugh, pero no era verdad. Estaba celosa de cada una de aquellas chicas.

Sus esperanzas de no dejarse afectar por él habían durado exactamente un segundo.

Entonces, mientras miraba alrededor buscando una salida, vio a una chica morena con un cuaderno en la mano. Y era evidente que estaba observándola con mucha atención.

¿Otra periodista?

Maravilloso. Lo que le faltaba. Aunque la fundación que Ryan apoyaba iba a beneficiarse, aparecer en televisión iba a ser un desastre para ella.

Ryan miró alrededor, buscando a Anna.

Y cuando la vio fue como si algo lo golpease en el pecho. Tuvo que hacer un esfuerzo para no quedarse con la boca abierta.

Era una visión inolvidable. El vestido le quedaba perfecto, con aquel escote barco que mostraba parte de sus hombros. Su pelo rojo estaba sujeto en un moño alto, con un velito… parecía una princesa.

Cuando por fin consiguió volver a respirar con normalidad, se dio cuenta de que ella tenía una expresión rara. Seguramente estaba enfadada por tener que tomar parte en aquel espectáculo.

Ryan pidió disculpas a las chicas que estaban con él y se acercó. La expresión de Anna no mejoró al verlo y, tontamente, se imaginó una nubecita, como las de los dibujos animados, sobre sus cabezas.

El pensamiento despertó una sonrisa. Pero ella apretó los labios y Ryan tuvo el loco deseo de acariciarla, de hacerle sonreír… de darle un beso.

«Tranquilo, Cavanaugh». Nada de besos. Tocarla o besarla sería un desastre. Si lo hacía, querría más… y no deseaba querer más.

–Hola, Anna.

Ella señaló a las chicas, que seguían mirándolo y comentando entre ellas.

–Menuda corte. Llamas mucho la atención, ¿verdad?
–¿Qué?
Anna se cruzó de brazos.
–Todas esas mujeres… ¿qué son, de tu club de fans?
Ryan se quedó atónito. Sabía que no le hacía ninguna gracia aparecer en televisión, pero también sabía que Anna Simpson no era una amargada.
De hecho, parecía una buena chica y le gustaba mucho. Más de lo conveniente.
–¿Qué te pasa?
Ella dejó escapar un suspiro.
–Perdona. Es que no esperaba… bueno, me ha sorprendido verte con esas mujeres.
–¿Estás celosa? –bromeó Ryan.
–¡Claro que no! Eso es completamente ridículo. ¿Por qué iba a estar celosa? Sólo me ha sorprendido… nada más.
–Me parece a mí que estás celosilla.
Y ese pensamiento lo hacía muy feliz.
Aunque no debía ser así, no debía importarle en absoluto. Sonya le había enseñado a no confiar en las mujeres y no pensaba hacerlo. Ni siquiera en Anna Simpson.
Ella permaneció en silencio, mordiéndose los labios, su expresión una mezcla de rabia y tristeza.
–No, en serio, ¿qué te pasa?
–No estoy celosa.
–Muy bien, muy bien. Te creo. Pero no te enfades conmigo, ¿de acuerdo?
–No estoy enfadada contigo. Es que… no quiero hacer esto. No quiero ponerme delante de las cámaras.
A Ryan le habría gustado evitarlo, pero ya no había marcha atrás.
–Mira, terminaremos enseguida y podrás olvidarte de *El Faro* de una vez por todas.
–Eso espero porque toda esta historia… me da terror.
–¡Treinta segundos! –gritó uno de los técnicos.
Ryan se estiró la corbata y tomó a Anna del brazo.
–¿Estás preparada para casarte conmigo?
–Tenemos que hacerlo, ¿verdad?

El pánico que vio en sus ojos fue como un golpe en la mandíbula. Sí, deseaba publicidad para la fundación y deseaba limpiar su imagen… No podría ayudar a ningún niño si el consejo de administración de la fundación creía las mentiras de Joanna; que era un explotador, un arrogante y un canalla.

Pero la mirada asustada de Anna lo afectó de verdad. No quería hacerle daño. Por nada del mundo quería hacerle daño.

–Si no quieres hacerlo…

Ella lo miró, sorprendida. ¿Debía aceptar? ¿Debía salir corriendo?

–No –dijo por fin–. Aunque odio ponerme delante de las cámaras, esto será una buena publicidad para mis diseños y para tu fundación. Vamos a hacerlo –añadió, bajándose el velo.

Ryan suspiró, aliviado. Pero estaba mirándola como hipnotizado, sin ver nada más que a la mujer que ponía una mano en su brazo, preparándose para una boda de mentira.

Y lo peor de todo era que sentía el insano deseo de que la ceremonia fuera real.

–Los novios, por favor –una voz interrumpió la extraña fantasía–. Es hora de casarse.

Ryan apartó los ojos de Anna, intentando tranquilizarse. Mientras caminaba hacia la cortina que los separaba del escenario, se preguntó qué le estaba pasando. Aquella boda no era real y debería alegrarse. Anna Simpson podía ser la novia ideal para una boda de mentira, pero nada más. Era una falsa novia para ayudar a la Fundación Apadrina un niño.

Pero eso no explicaba por qué le alegró tanto que estuviera celosa. O por qué había fantaseado con que la boda fuese real. O por qué estaba pensando en una luna de miel…

La imagen de Anna con un camisón de encaje semitransparente, el pelo extendido sobre la almohada, llamándolo…

El cuerpo de Ryan respondió de la forma más natural, lo cual era horrible considerando que estaban a punto de colocarse bajo los focos para «casarse» delante de miles de personas.

Respirando profundamente, intentó controlar tan incómoda reacción fisiológica. Y se dijo a sí mismo que debía dejar de buscarle explicación a algo que no podía explicar.

Porque no entendía la loca atracción que sentía por Anna

después de haber sido engañado por otra mujer.

Cuando se abrieron las cortinas, los focos la cegaron. El escenario estaba al fondo, pero para llegar a él debían atravesar una larga pasarela flanqueada por el público que había acudido al plató.

Cientos de ojos se clavaron en ella y Anna rezó para no tropezar con el vestido y hacer el ridículo delante de todo el mundo. Nerviosa, apretó con fuerza el brazo de Ryan y éste le dio una tranquilizadora palmadita en la mano.

Eso la calmó un poco… hasta que notó que las cámaras de televisión la enfocaban a ella, simbólicamente enviando su imagen por todo el globo.

Había cámaras por todas partes.

De repente, el miedo la paralizó.

Ryan apretó su mano y se inclinó un poco para hablarle al oído:

–No pasa nada. Todo terminará enseguida.

Seguramente parecería un novio enamorado susurrándole palabras de amor a su prometida.

Lo cual no podía estar más lejos de la verdad.

Aunque no era su prometida, aquellas palabras consiguieron tranquilizarla. Por fin, Anna respiró profundamente y dio el primer paso por la pasarela. Incluso consiguió sonreír. Debía pensar que lo que estaba haciendo le conseguiría un contrato con ParaNovias y eso era muy importante para ella.

El anunciante pronunció sus nombres y describió el vestido de novia y el esmoquin de Ryan. Tras lo que le parecieron horas, aunque sólo fueron segundos, llegaron al escenario donde los recibió un hombre bajito, vestido con un traje gris.

–Nos hemos reunido hoy aquí para celebrar el matrimonio…

Anna contuvo la respiración mientras el falso oficiante pronunciaba esas palabras. Y, de nuevo, Ryan apretó su mano para darle valor.

–Puede besar a la novia.

¿Besar? Nadie le había dicho nada de besar. Anna miró a Ryan, que parecía muy sonriente. Y cuando inclinó la cabeza le temblaron tanto las piernas que casi temió acabar en el suelo.

Aparentemente, él no tenía ningún problema para besarla en

público. Pero Anna se quedó paralizada cuando la tomó por la cintura.

El tiempo pareció detenerse. Con una mano, Ryan Cavanaugh levantó su barbilla y ella esperó que se quedara ahí, que no hiciese nada. Pero con cada milésima de segundo iba percatándose de que el beso sería real.

Estaba loco. Iba a besarla. De verdad. En la televisión.

Y lo peor de todo era que ella deseaba aquel beso más de lo que había deseado nada en toda su vida.

Capítulo 7

Con el corazón latiendo a mil por hora, Anna dejó que Ryan la apretase contra su pecho. Estaban tan cerca que el olor de su colonia la envolvía, casi mareándola. Instintivamente, enredó los brazos alrededor de su cuello y cerró los ojos, esperando, con el corazón a punto de salirse de su pecho para ponerse a bailar solito sobre el escenario.

Un segundo más tarde, los labios de Ryan rozaron los suyos.

Eran suaves, cálidos, pero firmes. Su aliento olía a menta y Anna no tuvo más remedio que abrir la boca para recibir la caricia.

Con un gemido ronco, Ryan apretó su cintura mientras la besaba. Atónita por el placer que eso la hacía sentir, Anna dejó que sus lenguas se rozasen. Y entonces pensó que iba a arder por combustión espontánea. El placer fue tan intenso que no pudo pensar en nada más.

Trémula, se apretó contra el torso masculino, sintiendo que estaba experimentando algo raro y maravilloso.

Los aplausos del público la devolvieron a la realidad. Cuando se apartó de Ryan respiraba como si hubiera corrido un maratón. También él respiraba con dificultad. Y, por su expresión, el beso lo había afectado tanto como a ella.

No, pero no podía ser. Ryan Cavanaugh era un hombre seguro de sí mismo, de lo que quería. ¿Cómo iba a emocionarse por un simple beso?

Si hubiera sido real, ¿la habría afectado de la misma forma?, se preguntó. Y decidió que sí. Pero no pensaba volver a besarlo. Por si acaso.

Ryan tomó su mano para volver a la pasarela y Anna consiguió llegar hasta el final mientras la gente aplaudía, encantada con el espectáculo. Cuando llegaron a la parte trasera del escenario, la coordinadora y los estilistas les dieron las gracias.

Todo había terminado.

Afortunadamente, la periodista que había visto antes no parecía

estar por allí.

Ryan la llevó al camerino y cerró la puerta. Y entonces, tomándola por los hombros, la apoyó contra la pared. Anna lo miró, sorprendida.

–Qué demonios… –murmuró él, levantando el velo.

Y volvió a besarla.

Y Anna le devolvió el beso con toda su alma.

El beso fue más salvaje que el anterior, pero eso lo hizo más excitante. Cuando sintió la lengua de Ryan acariciando la suya fue como si explotaran miles de fuegos artificiales en su interior. Y la sensación de que era algo precioso, raro, la sensación que había experimentado durante el primer beso, se repitió.

Ryan deslizó las manos por su espalda y Anna no protestó. Quería estar cerca de él; le gustaba sentir la fuerza de sus músculos, los latidos de su corazón. Y le gustaba mucho que la besase en el cuello, le producía escalofríos.

–Anna, cariño, qué bien hueles.

Sus palabras la derritieron. Pero cuando creyó que estaba a punto de explotar, él se apartó.

–Yo… –empezó a decir Ryan, pasándose una mano por el pelo–. Lo siento mucho, de verdad.

Ella apartó la mirada, desilusionada.

–¿Sientes haberme besado?

–No, no… no siento haberte besado. Siento… haberlo hecho de esa forma. Pero tenía que saber.

–¿Saber qué?

–Si era de verdad.

–¿De verdad? –repitió Anna, que no podía hacer otra cosa por el momento.

–Quería saber si lo que he sentido antes era de verdad.

Ella sacudió la cabeza, incrédula. Después de dos besos apasionantes, ¿por qué los cuestionaba? Quizá estaba tan afectado, y tan sorprendido, como ella. Lo último que hubiera esperado descubrir aquel día era que los brazos de Ryan le parecían un refugio.

–Era de verdad –murmuró, incrédula.

Entonces se miraron a los ojos. Lo habían dicho. Y lo que sentían al besarse era… preocupante.

Ryan se dio la vuelta y salió del camerino.

Muy bien. No parecía muy contento y Anna podía entenderlo. Tampoco ella se regocijaba de que le hubiesen gustado… que le hubiesen emocionado sus besos. No quería que eso le pasara con Ryan.

Pero allí estaba, la dura verdad. Aunque llevaba luchando contra ella desde que lo conoció, aunque temía estar cometiendo otro terrible error, no podía mentirse a sí misma.

Le gustaba mucho Ryan Cavanaugh. Muchísimo.

Anna se apoyó en la pared, preguntándose por qué había bajado la guardia con un hombre tan interesante como él.

Ryan entendió mal la expresión incrédula de Anna cuando los dos admitieron que sentían algo especial al besarse.

Aunque era una bobada. Debía darle igual lo que Anna pensara de los besos. Pero él era un hombre que no se mentía a sí mismo y no iba a hacerlo en aquella ocasión.

Su incredulidad lo irritaba profundamente.

También él estaba disgustado, incrédulo. Era sorprendente que un par de besos lo convirtieran en gelatina. Como si hubiera encontrado a alguien raro y especial.

Y, después de lo de Sonya, él no pensaba dejar que ninguna mujer, por muy rara y especial que fuera, entrase en su vida.

Sin embargo, no podía oculta la atracción que sentía por Anna, una mujer preciosa a la que admiraba por su determinación para triunfar en la vida.

Y estaba cansado de luchar contra esa atracción. Lo que sentía era sólo… deseo. Quizá si pasaba algún tiempo con ella esa atracción disminuiría, se dijo.

Decidido, llamó a la puerta del camerino.

–¿Quieres que cenemos juntos?

–¿Otra vez? Esto es increíble.

Ryan se encogió de hombros.

–¿Por qué no vamos a mi casa? Yo mismo haré la cena.

–¿Sabes cocinar?

–Bueno, algo… ¿Qué tal unas verduras a la parrilla?

Anna lo miró, pensativa. Seguramente estaba intentando decidir

si valía la pena pasar tiempo con él.

–¿Vas a besarme otra vez?

«Me gustaría besarte por todas partes».

–Es posible. ¿Por qué? ¿No quieres?

–No estoy segura.

Eso mismo le pasaba a él.

–Vamos a ver qué pasa, ¿de acuerdo? No te besaré a menos que tú también lo desees.

–Muy bien. Pero sólo cenar, ¿eh?

Sorprendido, y contento, Ryan asintió.

–Yo sólo estoy interesado en cenar –dijo, sonriendo.

Aunque una vocecita le decía que era un mentiroso.

–De acuerdo.

En su interior, en un lugar que no visitaba a menudo, se había instalado la sospecha de que quería mucho más que una simple cena.

Pero no debía pensar en ello. Después de pasar algún tiempo con Anna, seguramente la atracción desaparecería.

La traición de Sonya había hecho imposible que mantuviese una relación romántica con ninguna otra mujer.

Anna no tardó mucho tiempo en darse cuenta de que Ryan conducía como un loco. Un loco que controlaba el volante, pero un loco al fin y al cabo.

Pisaba el acelerador de su Porsche a fondo y, en más de una ocasión, se encontró a sí misma agarrando el asiento con las dos manos.

Era normal, si estaba dispuesto a tirarse de un puente con propósitos publicitarios no iba a conducir un Porsche como una ancianita.

Pero al tomar una curva los neumáticos chirriaron y Anna se asustó. Ya estaba suficientemente nerviosa por la idea de cenar a solas con él en su casa.

–¿Estás bien? –preguntó Ryan.

Ella tragó saliva.

–Sí, pero pisa un poco el freno, por favor.

Cuando él alargó una mano para tocar su rodilla, Anna estuvo a

punto de dar un salto.

–¿Estás nerviosa?

«Tú me pones nerviosa».

–No –contestó, demasiado distraída por el calor de su mano como para decir la verdad.

¿Por qué había aceptado cenar con él en su casa? La respuesta era evidente. Había aceptado cenar con Ryan porque la fascinaba, porque le gustaba como ningún otro hombre. Y no podía negar que Ryan también parecía sentirse atraído por ella.

Aquella noche sería una excelente oportunidad para descubrir por qué. Mientras tuviese cuidado, todo iría bien. Quizá así podría desmenuzar sus sentimientos, entenderlos.

Quizá podría decirle quién era en realidad.

Ese sería el momento de la verdad.

Capítulo 8

Anna intentó tranquilizarse mientras entraba en el apartamento de Ryan, situado en el piso veinte de un lujoso edificio, en la mejor zona de Portland. Antes de que pudiera reaccionar, una cosa negra y peluda se acercó patinando por el suelo de mármol hasta chocar contra sus piernas.

–¿Tienes un perro? –exclamó, inclinándose para acariciar al animalillo; un cocker que, con las dos patas delanteras sobre sus rodillas, no dejaba de mover la cola de lado a lado.

–Max, abajo –lo regañó Ryan–. Abajo.

Max, por supuesto, no le hizo ni caso a su dueño, encantado con las caricias de Anna.

Ryan sonrió mientras dejaba las llaves sobre una mesita.

–Ya, ya, te entiendo. A mí también me gusta que me toque.

Después se arrodilló en el suelo y Max se echó en sus brazos, como un niño.

Esa frase pilló a Anna completamente por sorpresa, pero intentó no darle importancia. «A mí también me gusta que me toque». ¿Sería cierto?

–¿Te gusta? ¿Verdad, chica? –sonrió Ryan, acariciando al animal.

–¿Es una perra?

–Max es el diminutivo de Maxine, ¿verdad, bonita? –dijo él, sin dejar de jugar con la perrita.

Le gustaba que fuera tan cariñoso. Le gustaba tanto que se le encogió el corazón. Para disimular, Anna miró alrededor.

Frente al vestíbulo estaba el espacioso salón. Un pasillo a la izquierda llevaba probablemente a las habitaciones y el de la derecha a la cocina.

En el salón había una alfombra de color claro que parecía nueva. Y sólo tres piezas de mobiliario: un sofá de piel oscura, un sillón y un enorme televisor. Una chimenea de mármol adornaba una de las paredes.

Eso era todo. Ni accesorios, ni cuadros ni obras de arte. Sólo una habitación casi vacía, impersonal.

–No he tenido tiempo de decorar –dijo Ryan al ver su expresión.

–¿Tienes tiempo para cuidar de un perro, pero no tienes tiempo para decorar?

–Max es la perrita de mi vecino. Sólo estoy cuidando de ella durante unos días, ¿verdad, Maxi? Ah, por cierto, tengo que sacarla. ¿Quieres venir?

–Si no te importa, prefiero quedarme –contestó Anna.

–Muy bien. Estás en tu casa –dijo Ryan, tomando una correa–. Vamos, Max, de paseo.

Cuando desapareció, Anna respiró por primera vez. Ryan Cavanaugh no tenía cuadros en las paredes, pero desde las ventanas había una maravillosa panorámica de Portland. Después, aburrida, pensó ir a la cocina. Desde luego, donde no pensaba ir era al dormitorio.

El dormitorio de Ryan.

Entonces fue a la cocina, un sitio mucho más seguro. Tenía electrodomésticos modernos, de acero inoxidable, pero la zona donde debía haber una mesa con sillas estaba vacía.

Curiosamente, tampoco había nada en las repisas. Era como si nadie viviese allí, como si fuera un piso piloto.

Al otro lado de la cocina había un cuarto de estar pero, como el resto de la casa, estaba prácticamente vacío. Un par de estanterías con libros, un sofá tapizado con una tela de cuadros y otro televisor. La única señal de vida eran un par de revistas sobre la mesa. Ni plantas, ni fotografías…

Su curiosidad sobre Ryan Cavanaugh iba en aumento. ¿De verdad no había tenido tiempo para decorar? Seguramente era un hombre muy ocupado, pero podría haber contratado un decorador, pensó.

Aquel apartamento parecía vacío, estéril, solitario.

Y eso la entristeció. Le hubiera gustado llenarlo de flores, de fotografías, de cosas que a él le gustasen.

Buscando una distracción para evitar aquellos pensamientos tan personales y tan poco adecuados, Anna encontró una foto en la estantería.

Era un niño de unos cinco o seis años con enormes ojos

marrones y el pelo negro, muy corto. No estaba sonriendo; de hecho, tenía una expresión triste. La fotografía parecía tomada en un colegio, nada parecido a los calculados y caros retratos que encargaba su padre.

¿Quién era aquel niño?

¿Sería hijo de Ryan?

No, no podía ser. No se parecían en absoluto. Aun así, podría ser su hijo.

Nerviosa, dejó la fotografía donde estaba. Ryan le habría contado que tenía un hijo, pensó. Quizá era un vecino o un sobrino… ni siquiera sabía si tenía hermanos.

Entonces vio algo asomando en la estantería superior; era otra fotografía enmarcada que, o se había caído o había sido colocada boca abajo a propósito.

Era una familia frente al castillo de Cenicienta en Disneylandia. Había un niño al que reconoció inmediatamente como Ryan a los diez u once años. Tenía una sonrisa triste, pero los hoyitos eran suyos, sin duda, y sus ojos azules eran los mismos.

El padre de Ryan era un hombre muy alto de pelo rubio. Estaba sonriendo, pero no le gustó su sonrisa. Y sus ojos eran más oscuros que los de Ryan, en todos los sentidos. Parecía el tipo de hombre que dirige su casa con mano de hierro.

La madre era una mujer muy guapa, pero también a ella parecía costarle trabajo sonreír. Tenía el pelo de Ryan y sus mismos ojos azules. Pero parecía cansada, envejecida, y no era difícil descubrir que, bajo la fachada sonriente, había una persona muy infeliz.

A primera vista parecía la foto de una familia normal, pero Anna intuyó que había algo raro. Nadie sonreía de verdad. Si no fuese por el parecido, no habría pensado que eran una familia.

Aunque una fotografía no podía contar la verdadera historia de Ryan Cavanaugh, se entristeció por él.

–¿Qué estás haciendo? –oyó su voz entonces.

Anna se sobresaltó.

–Qué susto me has dado.

Ryan le quitó la fotografía con expresión irritada.

–La encontré ahí… lo siento, no quería cotillear. ¿Es tu familia?

–Supongo que podría llamarse así –contestó él.

Esa respuesta la dejó sorprendida.

–¿Qué quieres decir?

Ryan miró la foto.

–Esta es la única vez que hicimos algo juntos.

Lo había dicho con una expresión tan triste que Anna puso una mano en su brazo para consolarlo.

–Sé lo que sientes…

–¿Ah, sí? ¿Has tenido que llevar zapatos con agujeros alguna vez o ropa que te quedaba demasiado pequeña? –la interrumpió él, herido–. Solo fuimos a Disneylandia porque mi madre ganó algo de dinero jugando al bingo… pero debería habérselo gastado en comida.

Anna lo miró, sin entender. ¿Tan terrible había sido su infancia?

–Mira…

–Déjalo, tú no lo entiendes.

Eso la indignó.

–¿Cómo que no lo entiendo? No sabes nada de mí. En mi casa no había problemas económicos, todo lo contrario, pero habría cambiado todo el dinero de mi padre por una sola frase: «te quiero, Anna».

–Dinero, amor. Al menos tú tuviste algo.

–¿Y te parece bien que mi padre fuera incapaz de mostrar su cariño? Quise diseñar vestidos de novia desde que tenía diez años y mi padre lo sabía, pero intentó por todos los medios que no lo consiguiera. ¿Eso te parece bien?

–No, no. No quería decir eso –suspiró Ryan–. Lo que quería decir es que al menos tú no tenías que preocuparte por tener comida en la nevera.

Anna comprendió entonces. ¿Cómo era posible? Debió ser durísimo para él vivir una infancia tan traumática.

–Seguro que tus padres te querían… a su manera.

–No, déjalo –murmuró él, sin mirarla–. Yo era un inconveniente, una boca más que alimentar, nada más.

Anna deseó entonces poder borrar el dolor de sus ojos, pero no podía hacerlo. Sólo podía escucharlo y esperar que eso fuera suficiente.

–Lo creas o no, sé lo que sientes. Yo habría dado cualquier cosa por el cariño de mi padre. Y no lo tuve.

Cuando la miró de nuevo, la expresión de Ryan se había

suavizado.

–Me entiendes, ¿verdad?

–Te entiendo.

Estaban mirándose a los ojos y Anna tuvo que tragar saliva. Perderse en sus preciosos ojos azules no era la mejor manera de controlar la situación.

–¿Quién es ese chico? –preguntó, señalando la otra fotografía.

–Juan. Es mi hermano.

–¿Tienes un hermano tan joven?

–No es mi hermano de verdad, es un niño de la fundación. Soy su mentor.

Ella lo miró, sorprendida.

–¿Su mentor?

–¿Te sorprende? Además de buscar fondos para la fundación, intento hacer algo más. ¿Por qué te parece tan increíble?

–No, es que… no sabía que estuvieras involucrado hasta tal punto.

Pensaba que sólo donaba dinero, no su tiempo libre.

–Soy un hombre muy ocupado, pero sé por experiencia propia que estos chicos necesitan la presencia de un adulto responsable. Alguien que pase tiempo con ellos, que los ayude a hacer los deberes, que les ofrezca un futuro…

Anna asintió, pensativa. Ryan Cavanaugh era mucho más de lo que había creído. Y lo admiraba por ello. Pero también le entristeciera su triste pasado y eso era muy peligroso.

–¡Maxine! –gritó Ryan entonces, corriendo hacia el pasillo.

Cuando volvió, llevaba en brazos a la perrita que, a su vez, llevaba una zanahoria en la boca. Y Anna habría jurado que estaba sonriendo.

–Le gustan las verduras. Mucho.

Antes de subir a su casa habían ido al supermercado para comprar verduras y Ryan dejó las bolsas en el suelo del pasillo… Anna se asomó y vio el desastre que Max había organizado. Apenas quedaba una verdura sana.

–Es vegetariana, ¿eh?

–Eso parece.

Ella soltó una carcajada y Ryan sonrió también.

–Tengo la impresión de que nos queda una limitada selección de

verduras para la cena.

–No me importa.

Ryan dejó a Max en el suelo para limpiar el caos y la perrita aprovechó para robar un puerro y salir corriendo, presumiblemente para comérselo en privado.

–Y, además, ladronzuela.

Ryan empezó a lavar las verduras que quedaban mientras Anna lo observaba, pensativa.

Evidentemente, no era el hombre egoísta y pagado de sí mismo que había creído. Todo lo contrario. Y cuanto más sabía sobre él, más interesante le parecía.

¡Y besaba de maravilla! Definitivamente, muy peligroso.

¿Cómo iba a luchar contra la atracción que sentía por él? ¿Cómo iba a alejarse de un hombre que acariciaba a los perros y era mentor de un niño abandonado?

No tenía ni idea.

Mientras lavaba las verduras, Ryan miraba a Anna de reojo.

Sí, su pasado era desagradable y triste, por eso nunca hablaba de él. Sonya siempre le había hecho sentir responsable de ese pasado y lo regañaba porque, según ella, debería haberlo olvidado. La vergüenza de su infancia lo ahogaba cuando estaba con Sonya.

Pero Anna no lo había culpado por la amargura de ese recuerdo. Después de hablar con ella había sentido una empatía que su ex prometida no le ofreció nunca.

Y, además, al hacerlo sintió que la barrera infranqueable que protegía su corazón empezaba a desmoronarse. Se sentía conectado a Anna Simpson como no se había sentido conectado a ningún otro ser humano. Ella era diferente. No era una niña mimada, sino una mujer trabajadora, con sentido común. Era normal, sensata, sensible.

En ese momento sonó el móvil de Anna, que fue al salón para buscar su bolso. Desde la cocina, Ryan la oyó hablar en voz baja.

Sería fácil decirle adiós si no se sintiera tan conectado con ella. Anna también tenía problemas con su padre y había dudado de su amor durante toda la vida; también ella se había sentido privada de algo.

Y, por supuesto, estaba la atracción física. Sólo con recordar los besos le temblaban las piernas.

Sin embargo, Ryan no quería que ninguna mujer volviese a romperle el corazón.

La idea de arriesgarse a otro engaño era aterradora. No podría soportarlo, de modo que no podía permitir que Anna se acercara demasiado.

–Ryan, ¿qué ocurre?

–¿Eh? Nada, nada –murmuró él, sacando una caja de champiñones a la que Max no había podido hincar el diente.

–Pareces muy pensativo. ¿Quieres que hablemos?

Estaba muy cerca y era tan preciosa... le hubiera gustado tomarla en sus brazos y repetir el beso un millón de veces, esconder la cara en su pelo...

¿Por qué no? Lo que sentía era pura atracción física y eso era algo que podía controlar. Los dos eran adultos y ella había aceptado cenar en su casa. Y no había protestado en absoluto por el segundo beso.

Decidido, la tomó por la cintura con gesto posesivo.

–No, no quiero hablar –murmuró, mirándola a los ojos–. ¿Puedo besarte?

Anna asintió, casi sin pensar.

Con el corazón acelerado, Ryan acercó los labios a aquellos otros tan suaves, tan sugerentes. Ella dejó escapar un gemido suave mientras enredaba los brazos alrededor de su cuello. La besó, devoró su boca, deseándola como no había deseado nada en mucho tiempo.

Como no había deseado nada en su vida.

Aunque estaban pegados, la quería más cerca y deslizó las manos hasta su trasero, apretándola contra él.

Anna le devolvía el beso con la misma pasión. Era tan suave, tan cálida entre sus brazos... Ryan levantó una mano para acariciar sus pechos por encima de la camiseta. Pero eso no era suficiente. Quería sentir su piel. Sin dejar de besarla, metió la mano por debajo de la camiseta hasta encontrar la delicada tela del sujetador.

Y entonces ella se apartó, dejando escapar una especie de gemido angustiado.

–Anna... vuelve.

Ella negó con la cabeza.

–Esto va demasiado rápido –murmuró, apoyando la cabeza en su pecho–. Tenemos que parar.

Ryan dejó escapar un suspiro. Seguramente tenía razón. Iban demasiado rápido. Pero teniéndola tan cerca, con aquella piel, aquellos labios… iba a resultarle condenadamente difícil apartarse.

Pero lo haría si eso era lo que ella deseaba. Además, sería mejor para los dos. Ni Anna ni él querían complicarse la vida.

La abrazó entonces con delicadeza, intentando calmarse, respirando el delicioso olor de su pelo. ¿Había cometido un error? Evidentemente, Anna Simpson lo afectaba de una forma profunda, física y emocionalmente, algo que no había esperado en absoluto.

Como Sonya.

No. Anna no tenía nada que ver con Sonya. Era una mujer normal, real, trabajadora, dedicada a su oficio.

Podían ir despacio, podían ir al ritmo que ella marcase. Pero no estaba dispuesto a dejarla escapar.

«Te estás metiendo en un buen lío, amigo».

No, lo tenía todo controlado, se dijo. Sabía bien lo que estaba haciendo.

Sintiéndose un poco mejor, le dio un beso en el pelo y se dejó llevar por la agradable sensación de tenerla entre sus brazos.

E hizo lo posible para no tomar en cuenta la vocecita de advertencia que sonaba insistentemente en sus oídos.

Capítulo 9

Al día siguiente, antes de su reunión con el señor Lewis en las oficinas generales de ParaNovias, Anna llamó a Ryan para comprobar si estaba en casa. Después fue a su apartamento para recuperar el móvil, que se había dejado olvidado en el salón la noche anterior.

Seguramente podría haber esperado, pero quería verlo, quería ver de nuevo su sonrisa y sus preciosos ojos azules.

Aunque estaba lloviznando y hacía fresco, Anna iba sonriendo. Su corazón daba saltos de alegría.

Estar con Ryan la noche anterior, reírse con él, contarle cosas, ver una película sentados en el sofá con Max sobre sus rodillas… fue maravilloso. Y la llenó de una paz que no había sentido en mucho tiempo. Ryan era solícito, amable, generoso y tan atractivo que tenía que hacer un esfuerzo para no echarse en sus brazos.

Estaba convirtiéndose en un hombre al que resultaba muy fácil amar, a pesar de las dudas que despertaba su pasada experiencia.

También le preocupaba el hecho de que Ryan la creyese simplemente Anna Simpson. Él no sabía que era la heredera de una enorme fortuna. ¿Había llegado la hora de decirle la verdad?, se preguntó. Estaba segura de que él guardaría el secreto.

Pero… no estaba segura del todo. En realidad, apenas se conocían. Demasiados hombres se había aprovechado de Anna Sinclair como para que pudiese confiar inmediatamente. Se lo diría… más adelante.

No quería pensar que estaba cometiendo un error, que se estaba arriesgando; era demasiado feliz como para eso. Mientras subía en el ascensor no pudo evitar una sonrisa, pero cuando llegó a la puerta se paró un momento para alisar la falda negra del traje de chaqueta antes de llamar al timbre.

–Hola, Anna.

Ryan estaba sonriendo también y parecía igualmente contento de verla. Y tan guapo como siempre, tan guapo como para detener

el corazón de cualquier mujer.

En lugar del típico traje de chaqueta llevaba pantalones vaqueros y un polo negro que acentuaba su bronceado y el blanco de sus dientes.

Y había un niño a su lado.

Juan.

–Hola –lo saludó Anna.

Juan se escondió detrás de su mentor.

–¿Quieres conocer a una amiga mía? –le preguntó Ryan. El niño negó con la cabeza–. Es un poco tímido –se disculpó, con una sonrisa comprensiva–. ¿Quieres que te tome en brazos?

Juan asintió de nuevo y luego escondió la cara en su cuello, avergonzado.

Ver a Ryan con el niño en brazos la emocionó. No había creído que fuese capaz de tanta ternura.

–Pasa. Voy a buscar tu móvil.

Anna asintió, incapaz de decir palabra. Poco a poco iba enamorándose de Ryan Cavanaugh sin remedio. No tenía nada que ver con su atractivo exterior, sino con la capacidad de amor que intuía en él, una persona que había salido de una infancia terrible. Un hombre que no sólo firmaba un cheque para ayudar a niños desvalidos, sino que lo tomaba como algo personal.

No era un error enamorarse de él, pensó, sino algo absolutamente natural.

Pero no debía amarlo.

Ryan volvió al vestíbulo un minuto después, con el móvil en la mano.

–No puedo pedirte que te quedes. Tengo una reunión en Oswego dentro de una hora. Ahora mismo iba a llevar a Juan a su casa… ¿quieres venir con nosotros?

–Claro. Os seguiré con mi coche.

Bajaron en el ascensor en silencio, parando en cada piso para que Juan practicase los números. Evidentemente, Ryan tenía una paciencia infinita con el crío.

Y Anna tenía que apartar la mirada para no enternecerse más. Juan y Ryan, el niño y el adulto, estaban unidos por un lazo muy fuerte. ¿Cómo un hombre soltero, sobre todo un hombre de negocios como él, encontraba tiempo y paciencia para cuidar de un

niño?

Entraron en silencio al garaje y Ryan esperó hasta que Anna hubo entrado en su coche. Pero cuando iba a arrancar no pasó nada.

–¿Qué ocurre?

–No lo sé –murmuró ella, intentando arrancar de nuevo.

–¿No funciona?

–Eso parece. Es un coche de alquiler y pensaba pasarme por la agencia para cambiarlo porque me ha estado dando problemas…

–¿Quieres que te lleve a alguna parte?

Anna miró su reloj. Su reunión con el señor Lewis empezaba en poco más de media hora. No tenía tiempo de esperar el autobús.

–¿Podrías llevarme al centro? Tengo una reunión con el director de ParaNovias.

–Primero tengo que llevar a Juan, pero vive cerca de aquí. ¿Te importa?

–No, claro.

–Cuando vuelva a casa le echaré un vistazo a tu coche.

–No hace falta, de verdad. Lo cambiaré por otro… la agencia se encargará de todo.

–No te preocupes, soy un mecánico de primera. Ven, iremos en el Volvo.

–¿Y el Porsche?

–No, bueno… prefiero llevar a Juan en el Volvo porque tiene un asiento de seguridad.

Otro dato más, otro gesto de generosidad. Anna se veía perdida.

–¿Lo compraste por Juan?

–Sí, claro. Lo veo dos veces por semana y necesitaba un coche con asiento de seguridad. Aunque tú no lo creas, no soy mala persona –sonrió Ryan.

Después de verlo con el niño, Anna estaba completamente segura. Era una buena persona, un hombre estupendo.

Incluso demasiado.

Cuando llegaron a la casa del niño, un edificio medio en ruinas en el centro de la ciudad, en un barrio lleno de basura y pintadas por todas partes, Anna tuvo que disimular un gesto de horror.

¿Era allí donde vivía Juan?

Una mujer mayor se acercó al coche y Ryan sacó al niño de su

asiento. Después, le dio unos billetes que la mujer aceptó con la resignación de alguien que tiene que tragarse el orgullo.

Juan se puso a llorar. Seguramente era una escena que se repetía dos veces por semana.

Y Anna tuvo que girar la cara para que no la viese llorar a ella también.

«Oh, Ryan… ¿También a ti se te ha roto el corazón?»

Debía mantener las distancias, pero mantener las distancias con un hombre como él estaba resultando imposible.

Unos minutos después, Ryan volvió a entrar en el coche y se quedó callado un momento, con las manos en el volante.

–Odio tener que traerlo de vuelta aquí.

–¿Esa mujer es su abuela?

–Sí, y la pobre hace lo que puede. Los padres de Juan son drogadictos y están en la cárcel. Yo los ayudo, pero ella es demasiado orgullosa como para permitir que haga algo más. Estoy intentando convencerla para que me deje comprarles un piso en un barrio decente, pero dice que esta es su casa.

–Lo quieres mucho, ¿verdad?

Ryan arrancó el Volvo, sin mirarla.

–Sí, la verdad es que sí.

–¿No me dijiste una vez que el amor no existía?

–Querer a un niño es diferente.

–¿Qué quieres decir?

–Supongo que en lo que no creo es en el amor romántico.

Anna asintió, pensativa. Estaba claro, cualquiera podría entenderlo. Ryan Cavanaugh podía querer a Juan, pero no a una mujer.

No podía amarla a ella.

Y al pensar eso, sus ojos se llenaron de lágrimas.

–Eres tan testarudo que no puedes admitir la verdad.

–¿A qué te refieres?

–Sigues llevando las cicatrices de tu infancia y eso marca todo lo que haces.

–No me analices, Anna. Me gustan las cosas sencillas y tengo muy claro lo que quiero, nada más.

Ella dejó caer los hombros. Evidentemente, no quería admitir la verdad: que su incapacidad para amar a una mujer estaba

directamente relacionada con el amor que le faltó de niño.

Ryan detuvo el coche en un semáforo y se volvió para mirarla.

–¿Y tú? ¿Y tus dudas, tus vacilaciones?

–No te entiendo.

–Las dudas que te impiden confiar en mí. Creo haber demostrado que soy un tipo decente, ¿no? Te agradecería que me dieses una oportunidad. No todo el mundo quiere hacerte daño.

–No creo que todo el mundo quiera hacerme daño…

–Sí lo crees. Estás esperando que me aproveche de ti desde el día que nos conocimos –murmuró Ryan, arrancando de nuevo–. ¿Vas a pasarte la vida alejando a todo el mundo por miedo a que te hagan daño?

Anna levantó una ceja.

–¿Como haces tú?

–Yo no hago eso.

–Sí lo haces. Te da miedo querer a alguien porque tus padres no te quisieron. Es lo mismo.

Ryan permaneció un segundo en silencio.

–No, no es así. Yo no creo en el amor. Punto. Quiero a Juan, pero el amor romántico… Tú diseñas vestidos de novia y, sin embargo, niegas que el amor exista. ¿Quién se está mintiendo a sí mismo?

Anna dejó escapar un suspiro. En parte tenía razón. Pero le daba miedo creer en el amor más allá de lo básico: el satén, la gasa, las perlas… crear un sueño para las novias. Pero nada más.

Ryan pisó el freno de repente y llevó el coche hacia el arcén.

–Anna, mírame. Siento haberte disgustado –murmuró, tomando su mano–. No quería ponerte triste.

–Lo sé.

¿Cómo iba a luchar contra la atracción que sentía por él? Estando a su lado se sentía feliz, tan feliz como nunca en toda su vida.

Y cuando se inclinó para besarla, no protestó.

Una vocecita le decía que no era tan sencillo, que creer que Ryan Cavanaugh podía amarla de verdad era una tontería.

No le había dicho quién era en realidad.

Se marcharía de Portland unos días más tarde.

Y él había dejado claro que no creía en el amor romántico.

Pero no le hizo caso a la vocecita, incapaz de concentrarse en otra cosa que no fuera Ryan. Se apretó contra él con toda su alma, sintiendo que le robaba el corazón con cada beso.

Y todo lo demás dejó de tener importancia.

Excepto la duda, el miedo, de estar cometiendo un terrible error. Un error que pagaría muy caro.

–Ay, Dios mío –musitó Anna, sentada en el vestíbulo del hotel, con un periódico en la mano.

Allí estaba, en blanco y negro, aunque era como si la noticia estuviera escrita en letras de neón:

Anna Sinclair, heredera de la banca Sinclair, de Filadelfia, haciéndose pasar por una diseñadora desconocida para un artículo en El Faro de Portland.

Horrorizada, se llevó una mano al corazón. El artículo contaba que la mujer que había posado con Ryan Cavanaugh, propietario de una cadena de cafeterías, como Anna Simpson, era en realidad Anna Sinclair, hija de uno de los hombres más ricos del país, el banquero Peter Sinclair.

Anna arrugó el periódico, incapaz de leer el artículo hasta el final, y se quitó las gafas de sol. Ya no las necesitaba.

¿Cómo había podido pasar? ¿Quién la había reconocido? Nadie en Portland sabía quién era en realidad…

Excepto el chico de la tintorería.

¡Claro! Debió ser él quien contó la historia.

Debería haber sospechado que se lo contaría a alguien cuando vio a aquella periodista en el pabellón ferial…

Anna miró alrededor, asustada, como si de repente un periodista fuera a materializarse delante de sus narices.

Como siempre, cuando estaba a punto de conseguir lo que quería, todo se iba al garete.

Su reunión con el señor Lewis el día anterior había ido muy bien y debían reunirse de nuevo una hora más tarde. Y estaba segura de que iba a ofrecerle el contrato.

Entonces se dio cuenta de algo: Ryan descubriría su identidad

por el periódico. Sabría que le había mentido, que le había hecho creer que era Anna Simpson, una chica trabajadora, cuando en realidad era la heredera de una inmensa fortuna. Ojalá le hubiera dicho la verdad, ojalá le hubiese contado…

Ryan nunca la perdonaría.

A pesar de que intentó mantener las distancias, le resultó imposible. Estaba enamorada de él y ese era un sentimiento que, a pesar de sus miedos, se había instalado en su corazón sin que pudiera evitarlo.

Disgustada consigo misma, Anna levantó la cabeza y vio un hombre de gafas y pelo largo acercándose a ella, cuaderno en mano.

La prensa.

La vida real, de nuevo. Era curioso como siempre aparecía en el peor momento.

–¿Anna Simpson? ¿O debería llamarla señorita Sinclair?

Anna volvió a ponerse las gafas, guardó el periódico en el bolso y se levantó, irritada.

–¡Espere! –gritó el periodista–. ¡Quiero hacerle un par de preguntas!

Ella corrió hacia el aparcamiento sin mirar atrás. Afortunadamente, había ido a la agencia de alquiler de coches y tenía uno nuevo esperándola. Debía hablar con Ryan, tenía que explicarle por qué había mentido.

Que él la odiase… le resultaba sencillamente insoportable. Apretando el volante con las dos manos se dirigió a su oficina, intentando no pensar en el amor que sentía por él y en lo que eso significaba.

Quince minutos después, entraba en el aparcamiento del edificio. El Porsche de Ryan estaba allí.

Rezaba para que la escuchase, para que aceptase sus explicaciones. Tenía que hacerlo. Si sentía lo mismo que ella, tenía que hacerlo.

La puerta del despacho de Ryan estaba abierta de par en par y Anna se apoyó un momento en la pared, intentando reunir valor.

Cuando asomó la cabeza lo vio tecleando en su ordenador, muy concentrado. Llevaba una camisa blanca y una corbata de colores. Tan guapo, tan atractivo como siempre.

Anna se secó las manos en el pantalón. Estaba sudando y tenía

un nudo en el estómago.

–¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

Ryan levantó la cabeza.

–Anna. Qué sorpresa tan agradable.

Ella respiró profundamente. No sabía nada, de modo que podía contarle la verdad en persona. A pesar de todo, le costaba trabajo mirarlo a los ojos.

Porque la noticia que estaba a punto de darle no iba a resultar una sorpresa agradable.

La llegada de Anna lo alegró tanto que Ryan se sorprendió. ¿Quién hubiera podido esperar que la simple presencia de una mujer en su despacho lo hiciera sentir tan feliz?

Contaba las horas hasta que pudiese volver a verla, deseando que llegase la tarde para ver vídeos en su casa, con una ilusión casi adolescente.

Ryan se levantó para darle un abrazo. Como siempre, el aroma de su pelo, el calor de su cuerpo, lo alborozaban. Anna era exactamente lo que parecía, sin engaños. Y era la mujer que había estado esperando.

Sin pretensiones, con los pies firmemente plantados en el suelo. Decidida, trabajadora, seria.

«La quiero».

Aquella verdad detonó con la fuerza de una explosión. Aunque hubiera querido negárselo a sí mismo, no era capaz. Aunque seguía creyendo que el amor romántico no existía de verdad, su mundo se había puesto patas arriba. La amaba más de lo que hubiera creído posible.

Y eso le hizo sentir una felicidad inusitada. Ryan se apartó entonces para mirarla a los ojos, deseando ver el mismo amor reflejado en ellos.

Pero sólo vio sombras.

–¿Qué pasa?

–Tengo algo que decirte –murmuró Anna.

Ryan se asustó al ver su expresión. Eso no sonaba nada bien.

–Dime.

Angustiado, esperaba un: «lo siento, pero no puedo volver a

verte» o algo parecido. Algo que le rompería el corazón.

Pero Anna sacó un periódico del bolso con mano temblorosa. ¿Qué pasaba?, se preguntó. ¿Algún periodista habría descubierto que el vestido de novia era copiado?

Ryan tomó el periódico, sorprendido. Y entonces vio la portada. Y el verdadero nombre de Anna. La verdad, de nuevo, golpeándolo en el estómago.

Anna Simpson se llamaba en realidad Anna Sinclair y era la hija de Peter Sinclair, el famoso banquero.

Ryan levantó la mirada, esperando que ella lo negase, que le dijera que todo aquello era un error.

Pero la verdad estaba escrita en su rostro, en su expresión culpable. No había sido un error. No, la historia era correcta.

Anna no era una chica trabajadora, normal, con los pies en la tierra, sino una rica heredera. La hija única de uno de los hombres más acaudalados del país.

–¿Por qué? –fue todo lo que pudo decir.

–Mi padre…

–Eso ya me lo sé –la interrumpió Ryan–. Quiero saber por qué no me dijiste quién eras en realidad.

–Iba a hacerlo, pero…

–Pero no lo has hecho hasta que un periodista lo ha publicado –volvió él a interrumpirla, tirando el periódico sobre la mesa–. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

–No estaba segura… no sabía si podía confiar en ti.

–¿Por qué no? –preguntó Ryan, herido–. ¿Te he dado alguna razón para que no confíes en mí?

Los ojos de Anna se llenaron de lágrimas.

–No, pero otros hombres lo han hecho. Hombres que sólo me querían por el dinero de mi padre. Que me usaron para entrar en mi familia, en los que confié y… me rompieron el corazón. Todos los hombres que he conocido en mi vida me han traicionado.

Ryan intentó controlar el deseo de consolarla. No debía hacerlo. No, porque Anna lo había engañado.

–Y por culpa de esos hombres, me has mentido a mí.

–En parte –suspiró ella–. Pero también quería mantener mi identidad en secreto porque quería triunfar por mí misma, no como Anna Sinclair, la hija del famoso banquero.

Él la miró, intentando absorber la horrible verdad.

No era una chica trabajadora.

Era rica, como Sonya.

Y lo había traicionado.

Y aunque pudiera perdonarla por haberle mentido, la triste realidad era que Anna Sinclair era exactamente el tipo de mujer que él odiaba: una niña rica y mimada que mentía para conseguir lo que quería.

La rabia lo ahogaba.

Era una amarga verdad, pero tenía que aceptarlo: había vuelto a caer en la trampa.

–Será mejor que te marches –murmuró, sentándose de nuevo frente al ordenador.

–Ryan, lo siento. Pensé que estaba haciendo lo que debía hacer.

–No te preocupes. Da igual.

–No vas a perdonarme, ¿verdad? –murmuró Anna, con lágrimas en los ojos.

–Me he encontrado con demasiadas mujeres como tú –contestó él, intentando controlar el abrumador deseo de tomarla entre sus brazos.

–¿Mujeres como yo? ¿Qué quieres decir?

Ryan se levantó entonces y empezó a pasear por el despacho, impaciente.

–Niñas ricas, princesitas que pasan por encima de cualquiera para conseguir lo que quieren. Mujeres que se creen por encima de los demás.

Anna lo miró como si le hubiera dado una bofetada.

–Nunca he pensado que tú estuvieras por debajo de mí –dijo entonces–. Mi padre es millonario, pero no me educaron como si fuera mejor que los demás. Mi madre era una mujer extraordinaria.

–Puede que sea cierto, pero la verdad es que no has confiado en mí. Me has mentido para conseguir lo que querías, ¿o no?

Sus palabras quedaron colgadas en el aire como un puñal.

–Es cierto. Yo también tengo mis propios demonios… unos demonios que marcan lo que hago y cómo lo hago –suspiró Anna, tocando su brazo–. Quizá los dos necesitamos olvidar el pasado y pensar en el futuro.

Ryan miró esa mano pequeñita, sintiendo como si lo calentase

por dentro. Ojalá pudiera apretarla, ojalá pudiera olvidar todo lo que había pasado, olvidar quién era. Pero no podía hacerlo.

–No es tan fácil, Anna. Me mentiste y, aunque pudiera perdonártelo, mi pasado no me deja olvidar que eres la clase de mujer con la que no… quiero mantener una relación. El pasado nos afecta a los dos.

Ella apartó la mano, temblando.

–Muy bien. Si esa es tu decisión… Tengo una reunión con el director de ParaNovias dentro de media hora. Sospecho que va a decirme que he conseguido el contrato, así que pronto me marcharé de Portland.

Ryan hubiera deseado pedirle que se quedara. Lo deseaba con todas sus fuerzas. Pero no podía hacerlo.

–Adiós, Ryan.

Él se quedó parado en medio del despacho, sintiendo como si una mano de hierro lo apretara por dentro, como si su corazón acabase de morir.

Como había muerto su amor por Anna Simpson.

Anna Simpson sólo era una fantasía, igual que el amor que creyó sentir por ella.

Debería sentirse aliviado. Había hecho lo que debía hacer y, a partir de aquel momento, no habría más complicaciones en su vida.

Acababa de descubrir que no podía amarla.

Y, sin embargo, no se había sentido más solo en toda su vida.

Capítulo 10

Después de la reunión con el señor Lewis, Anna volvió al hotel. Afortunadamente, él no había mencionado el artículo del periódico. Lo que le dijo fue que, tras muchas consideraciones, había decidido que le gustaba la frescura de sus diseños.

Y le ofreció firmar un contrato en exclusiva.

El plan había funcionado. Su negocio, su sueño, estaba a punto de echar a volar. Después de conseguir el contrato con ParaNovias se convertiría en una respetada diseñadora. Debería estar dando saltos de alegría

Y, sin embargo, no era así. Mientras caminaba por el vestíbulo del hotel, pensando en lo que había pasado en la oficina de Ryan dos horas antes, la tristeza amenazaba con ahogarla. Ni siquiera sabía cómo pudo contener las lágrimas durante la reunión.

Había mentido y estaba pagando el precio.

Ojalá hubiera sido honesta con Ryan, pensaba. Ojalá hubiera confiado en él…

Llegó a los ascensores, suspirando al ver que no había ningún periodista esperándola. Pero cuando entró, una mano masculina detuvo las puertas. Anna se colocó en un rincón, con la cabeza baja, la cara oculta por sus gafas de sol.

Y entonces el hombre entró en el ascensor.

Ella levantó la cabeza y…

Su padre.

Incrédula y absolutamente furiosa, se quedó sin palabras.

–Anna, ¿qué demonios te has hecho en el pelo?

–Hola, papá. ¿Qué haces aquí?

–Supongo que lo sabes. Se te acaba el tiempo –contestó su padre, arreglándose la corbata.

Afortunadamente, había conseguido el contrato con ParaNovias. Anna abrió la boca para decírselo, pero no le salían las palabras.

La pérdida del respeto de Ryan era como una piedra en su corazón, haciendo que todo lo demás careciese de importancia. De

repente, el trato que hizo con su padre le parecía ridículo, como era ridículo anunciar que había conseguido lo que quería.

La idea de vivir el resto de su vida sin Ryan era sencillamente insoportable; todo lo demás era… nada.

De repente, todo estaba muy claro. Perder a Ryan había puesto todo en perspectiva, le había mostrado lo que era importante y lo que no lo era.

Y acababa de perder lo único que era realmente importante para ella. De modo que había llegado el momento de tomar una decisión, de plantarle cara a su padre.

–¿Sabes una cosa, papá? –preguntó, mientras salían del ascensor–. He estado pensando… ¿Desde cuándo tú puedes decidir qué hago con mi vida?

Él arrugó el ceño, sorprendido.

–¿Qué clase de pregunta es esa?

Anna abrió la puerta de su habitación.

–Una pregunta que debería haberte hecho hace mucho tiempo. Hace un año exactamente, cuando hicimos ese ridículo trato.

–¿Ridículo trato? Anna, tú aceptaste…

–Sí, es verdad –lo interrumpió ella–. Y no debería haber aceptado. Debería haber hecho lo que quería con mi vida sin tener que hacer ningún trato contigo.

Su padre la miró, incrédulo.

–¿Qué te pasa, hija?

¿Cómo podía explicarle que tenía el corazón roto, que todo lo demás le daba igual?

Su padre nunca lo entendería; él no sabía nada del amor. Sólo sabía de dinero, de bancos, de estatus social.

Todo lo que ella no necesitaba para salir adelante en la vida.

–Creo que me he hecho mayor, papá. He aprendido a ser independiente. Y no pienso dejar que sigas manipulándome. Quiero ser diseñadora y no pienso trabajar en tu banco –replicó Anna, mirándolo a los ojos–. Quiero hacer realidad mis sueños, papá.

Su padre se pasó una mano por el pelo, perplejo.

–Esto es muy importante para ti, ¿verdad?

–Pensé que lo sabías.

–Sí, pero… que te atrevas a plantarme cara de esa forma… Supongo que necesitaba que me lo probases. Necesitaba ver con mis

propios ojos lo importante que es para ti eso de ser diseñadora.

¿Nada más? ¿Sólo había tenido que enfrentarse con él? ¿Sólo tuvo que decírselo claramente?

Qué ironía.

–No resulta fácil decirte las cosas a la cara, papá.

–Lo sé –sonrió él–. Y me alegro de que por fin lo hayas hecho.

–¿Tanto como para dejar que haga lo que quiera con mi vida? Lo haré de todas formas, pero me gustaría que dieras tu aprobación.

–Anna, hija mía… –empezó a decir su padre, mirándola con… ¿con admiración? Imposible–. Te has convertido en una chica muy independiente, muy testaruda. Y eso me gusta. Supongo que no tengo elección. Si quieres ser diseñadora, hazlo. Aprendí de tu madre que cada uno debe seguir su camino. No será fácil reemplazarte en la banca Sinclair, pero supongo que no me quedará más remedio.

Anna dio un paso atrás, perpleja.

–¿Lo dices en serio?

–Estoy orgulloso de ti, hija.

Aquello era increíble. Toda su vida dictándole lo que debía o no debía hacer y, de repente… Aunque aquello era un milagro, le resultaba imposible olvidar la tristeza de haber perdido a Ryan.

–Gracias –murmuró, dejándose caer sobre el sofá–. Eso me hacía mucha falta.

–¿Qué te pasa, hija?

Su aparente preocupación le recordó cuánto deseaba consuelo en aquel momento, aunque el consuelo llegase de la persona de quien menos lo hubiera esperado: su padre.

–He conocido a un hombre, papá.

–¿Por qué no me lo cuentas? –preguntó él, sentándose a su lado.

Anna miró alrededor, preguntándose por dónde debía empezar. Nunca le había contado cosas personales… Nerviosa, se aclaró la garganta y, por fin, reunió valor para contarle su historia con Ryan Cavanaugh. Cuando terminó de hablar, dejó escapar un largo suspiro.

Su padre se levantó y empezó a pasear por el saloncito, con las manos en los bolsillos.

–¿Estás enamorada de ese hombre?

–Sí.

Pero no debería. Anna se pasó una mano por los ojos, intentando borrar la imagen de Ryan. No debería porque lo que hubiese entre ellos se había roto para siempre.

–Entonces, ¿cuál es el problema?

Ella dejó escapar un suspiro. Todo era blanco o negro para su padre, aunque las cosas solían ser siempre más complicadas.

Pero la triste verdad era que Ryan no la quería…

Anna perdió la batalla que llevaba horas librando y, enterrando la cara en las manos, se puso a llorar.

–Estás enamorada de ese hombre, Anna. ¿Cuál es el problema?

–Que él no me quiere, papá.

–¿Cómo lo sabes?

–Me dijo que yo era una niña rica, una princesita dispuesta a pisotear a los demás.

Su padre se acercó para secar sus lágrimas.

–La gente dice cosas raras cuando alguien los hiere. Yo creo que deberías luchar por él, hija. Ojalá yo lo hubiera hecho cuando tu madre me dejó.

Sorprendida, Anna levantó la cabeza.

–¿La sigues queriendo, papá?

–La sigo queriendo. Pero fui demasiado orgulloso, demasiado cabezota como para luchar por ella. Y ahora es demasiado tarde. He perdido a la única mujer que he amado en toda mi vida y no quiero que tú cometas el mismo error.

Anna no se lo podía creer. Por primera vez en la vida, su padre parecía un ser humano vulnerable, sensible. Y que le hubiese contado el dolor que sentía por haber perdido a su madre cambió por completo la percepción que tenía de él.

–Gracias por decírmelo, papá. No tenía ni idea.

Peter Sinclair asintió, un poco cortado.

–Me voy a mi habitación. Tengo que hacer algunas llamadas… ¿Te apetece que cenemos juntos? Creo que hay un restaurante estupendo cerca de aquí.

–Como tú quieras.

–Me alegro de que hayamos arreglado… nuestras diferencias.

–Yo también –murmuró Anna. Ojalá su padre se convirtiera en un consuelo para ella, porque sospechaba que iba a necesitarlo en el futuro–. Te quiero mucho…, papá. Hemos tenido problemas en el

pasado, pero me gustaría hablar contigo de tantas cosas.

–Yo también, hija. Yo también.

Cuando se marchó, Anna se dejó caer en el sofá, casi incapaz de creer que el hombre que acababa de dejar la habitación era su padre. Aparentemente, haberle plantado cara había ocasionado un cambio total en él y, por lo tanto, en su relación.

Todo en su vida estaba colocándose en su sitio.

Excepto Ryan. El maravilloso y exasperante Ryan.

Nayr, el osito, estaba a su lado y Anna lo apretó contra su corazón.

«Creo que deberías pelear por él», recordó las palabras de su padre.

Que después de diez años le siguiera doliendo haber perdido a su madre la emocionaba. Eso era algo que tenían en común; un dolor que, en aquel momento, le partía el corazón. Que le seguiría partiendo el corazón a menos que hiciera caso a su padre.

«No quiero que cometas el mismo error».

Y entonces recordó algo que Ryan le había dicho: que se había dedicado a crear vestidos de novia, un símbolo del momento más romántico para una mujer, y sin embargo decía no creer en el amor.

Y era cierto, ella era una romántica de corazón. Diseñar vestidos de novia lo probaba. Ella creía en el amor. Siempre había creído en el amor. Simplemente le habían hecho daño y pretendía evitar que volvieran a hacérselo.

¿Era lo suficientemente fuerte como para dejarse llevar por el amor, con todos sus riesgos?

¿Era suficientemente fuerte como para luchar por Ryan?

Anna dejó escapar un suspiro. ¿Y si fracasaba, y si Ryan volvía a mirarla con frialdad?

«A veces tenemos que enfrentarnos a nuestros miedos», había dicho él.

Sí, era verdad. Y el dolor que había visto en los ojos de su padre le mostró lo que podía pasar si no luchaba por él, si no se enfrentaba con lo que le daba miedo.

Le había plantado cara a su padre, al formidable Peter Sinclair, por primera vez en la vida y había llegado el momento de luchar por otro sueño, uno que llevaba escondido en lo más profundo del corazón.

Había llegado la hora de pelear por el amor.

Capítulo 11

Después de haberle pedido a Anna que se fuera, Ryan intentó olvidar el vacío que sentía en el corazón lanzándose de cabeza al trabajo. Mantuvo una reunión con sus jefes de departamento, hizo varias llamadas y buscó un local para una nueva cafetería.

A la hora de la cena volvió a casa, agotado, con una sensación de tristeza que no podía quitarse de encima.

Tomó un plato de sopa, más porque tenía que comer que porque tuviese hambre, pero no quiso darle importancia a algo tan sumamente extraño en él.

Apoyado en la repisa, con el plato de sopa en la mano, Ryan miró alrededor.

Miró su cocina, vacía e impersonal.

Como si la viera por primera vez, se dio cuenta de que no era un sitio muy acogedor. Con las repisas vacías, los electrodomésticos brillantes por falta de uso, daba la impresión de ser un piso piloto.

No se había percatado hasta entonces. Pero después de que Anna hubiera estado allí, iluminándolo todo con su presencia, la casa le parecía estéril, vacía, desierta.

Eso le pasaba por haberla invitado.

Anna le había mentido, lo había tomado por tonto. Pero lo que más le dolía era saber qué clase de mujer era: una manipuladora que usaba a los demás para conseguir lo que quería.

Afortunadamente, al día siguiente tenía muchas cosas que hacer y no podría pensar en ella. Necesitaba concentrarse en el trabajo; esa siempre había sido su salvación. Su trabajo no le defraudaría.

Ryan terminó su sopa, enjuagó el plato y lo guardó en el lavavajillas antes de sentarse frente al ordenador. El informe de ventas lo mantendría ocupado durante casi toda la noche; así podría dormir sin soñar con un pelo rojo que olía a gloria y una sonrisa que hacía que le temblasen las piernas.

Pero antes de que pudiera encender el ordenador sonó el timbre.

¿Quién habría ido a visitarlo tan tarde?, se preguntó, con el ceño

arrugado. Quizá su vecino necesitaba que se quedara con Max…

Pero cuando abrió la puerta se encontró con Anna.

Y, aunque quiso evitarlo, su corazón se puso a dar saltos de alegría.

Estaba preciosa con un vestido azul por encima de las rodillas y unas sandalias de tacón que eran un pecado. Llevaba el pelo sujeto en un moño francés que dejaba su cara al descubierto y destacaba sus ojazos castaños.

Desgraciadamente, sentía la tentación de tomarla en sus brazos a pesar de la rabia.

Después de lo que le había hecho, después de descubrir qué clase de manipuladora era, no debería alegrarse de verla.

Además, Anna ya no era parte de su vida. Había sido un idiota dejándola entrar, dejando que lo afectase de esa forma.

Una chica trabajadora… sí, seguro.

–Hola –dijo ella, nerviosa.

–Hola –murmuró Ryan.

–¿Puedo entrar?

Su primera intención fue decirle que no y darle con la puerta en las narices. Llevaba todo el día intentando no pensar en ella; lo último que necesitaba era tenerla en su casa.

Pero la verdad era que su expresión entristecida le llegaba al corazón. Suspirando, Ryan dio un paso atrás.

–Entra.

Cuando cerró la puerta tenía calor y se preguntó si el aire acondicionado estaría estropeado.

«Cálmate», se dijo a sí mismo. Sólo tenía que recordar que era una niña rica, una manipuladora y que lo había traicionado. Como Sonya. Eso sería suficiente como para recuperar la cordura.

–¿Qué quieres?

Anna se tocó el pelo, nerviosa.

–Tengo que hablar contigo.

–Dime –murmuró Ryan, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón.

–¿Podríamos sentarnos?

–No, mejor no. Prefiero que hablemos aquí.

Era lo mejor. Tenía que mantener las distancias.

–Estás enfadado conmigo, ¿verdad?

–¡Claro que estoy enfadado! –exclamó él. Anna dio un paso atrás–. Perdona, lo que quiero decir es…

–No. Ya sé que estás enfadado. Pensé que podría… que quizá…

–¿Qué?

–Quizá no debería haber venido. Siento haberte molestado, Ryan.

–Espera –dijo él entonces, tomándola del brazo.

Aunque no debería importarle lo que ella tuviera que decir, aunque debería apartarla de su vida lo antes posible, la curiosidad pudo más que él.

–¿Por qué has venido, Anna?

«¿Porque me quieres?»

No, no quería pensar eso. No podía desear algo que nunca podría tener. Ryan intentó apartar aquella absurda idea de su mente.

–Mi padre ha aparecido en el hotel, así, de repente… y hemos hablado –empezó a decir ella–. Además, he firmado el contrato con ParaNovias así que he conseguido lo que quería.

–Me alegro por ti. Pero, ¿qué tiene eso que ver conmigo?

–Le dije a mi padre que quería ser diseñadora, le gustase a él o no. Le planté cara.

–Me parece muy bien, Anna –murmuró Ryan. Aunque estaba enfadado con ella, se alegraba sinceramente de que lo hubiera hecho, de que hubiese tomado el timón de su vida.

Pero eso significaba que iba a irse de Portland, que seguía adelante con su vida, quizá con otro hombre…

Esa idea hizo que se le encogiera el estómago.

–Mi padre me habló de su amor por mi madre… de que la perdió y no supo hacer nada para recuperarla –siguió diciendo Anna.

–¿Y?

Ella respiró profundamente.

–Y yo he decidido que no quiero que me pase lo mismo, que tenía que enfrentarme con mis miedos en lugar de salir corriendo. Tú me enseñaste eso, ¿sabes?

Ryan no dijo nada. No podía hacerlo. Aunque le gustaba oír que había aprendido algo de él, que en su opinión merecía la pena luchar por él, debía decirle que era inútil.

Anna había sellado su destino cuando decidió esconderle su verdadera identidad.

Agitado, miró al suelo y luego a ella, con una tristeza que no podía controlar. Pero Anna merecía que fuera sincero.

–Mira…

–No lo digas –lo interrumpió ella–. Me doy cuenta de que he perdido el tiempo viniendo aquí. Pero tenía que saber… tenía que intentarlo al menos.

–Ojalá las cosas fueran diferentes…

–Pero no lo son, ¿verdad? –musitó Anna, mirándolo a los ojos, como si estuviera rogándole otra oportunidad.

De nuevo, hipnotizado por aquellos ojos tan cálidos, Ryan estuvo a punto de rendirse. Pero no lo hizo. No podía arriesgarse, no quería sentir nada por Anna Sinclair.

Sonya y sus padres le habían regalado suficiente dolor como para que le durase una vida entera.

–No, las cosas no han cambiado. Me duele mucho hacerte daño, pero no puedo olvidar quién eres y lo que has hecho. Y no puedo olvidar mi propia necesidad de protegerme.

Ella asintió, con los labios apretados, los ojos ensombrecidos de tristeza.

–Ya me lo imaginaba. Gracias por ser sincero –dijo, abriendo la puerta–. Te lo agradezco de verdad.

Cuando Anna salió al descansillo, Ryan sintió un ataque de pánico. No quería dejarla ir, no quería ni imaginar que no volviese a verla.

Por un segundo pensó en llamarla. A la porra el pasado…

Pero entonces la imagen de Sonya apareció en su mente. No, Anna le había engañado, le había hecho daño. Tenía que dejarla ir.

–Adiós, Ryan. Cuídate.

La vio alejarse por el descansillo con el corazón en la garganta. Y entonces entró en el ascensor y desapareció de su vida. Para siempre.

Las palabras «lo siento» se repetían en su cabeza una y otra vez.

Pero no iba a decírselas a Anna.

Se las estaba diciendo a sí mismo.

–¡Le he dado, le he dado! –gritaba Juan, señalando la pelota–. ¿Lo has visto, Ryan?

Él sonrió, encantado.

–Claro que sí. Bien hecho. Eres todo un profesional.

–Quiero hacerlo otra vez –gritó el niño, moviendo el bate de béisbol–. ¿Puedo darle otra vez, Ryan, por favor?

–Puedes darle tantas veces como quieras… después de comer –contestó él, sentándose sobre la hierba–. Ve a buscar la pelota, Juan. Estoy muerto de hambre, pero después seguiremos jugando.

No era cierto. No tenía hambre. Había perdido el apetito.

–Bueno, pero voy a comer deprisa para poder seguir jugando –replicó el niño.

Ryan sacudió la cabeza. Juan debería estar en la liga infantil de béisbol, una experiencia que él se había perdido porque sus padres no tenían tiempo ni dinero para llevarlo. Todos los niños deberían hacer deporte; era algo que los ayudaba a relacionarse, a sentirse mayores.

Con el sol de junio calentando su espalda, Ryan abrió la nevera portátil. Quizá estar con aquel niño, enseñarle a jugar al béisbol, lo ayudaría a librarse de la tristeza que se había instalado en su corazón desde el día anterior.

Anna Sinclair, heredera. Debería estar pensando en eso, en quién era de verdad, en cómo le había mentido.

Pero había intentando luchar por él y no podía olvidar su sonrisa trémula, el brillo de sus ojos y, sobre todo, su extraordinario deseo de triunfar por sí misma a pesar de ser la hija de uno de los hombres más ricos del país. Como Anna Sinclair podría quedarse en su casa comiendo bombones todo el día.

Y, en lugar de eso, se había embarcado en un proyecto propio, arriesgado, sin la ayuda de su padre…

Ryan se quedó pensativo. La admiraba, sin duda. Pero la admiración que sentía por ella no cambiaba nada. Quizá algún día la perdonaría por haber mentido, pero no podría olvidar que era exactamente la clase de mujer con la que había jurado no mantener una relación.

Juan llegó corriendo entonces, pelota en mano.

–¿Cuándo puedo volver a jugar?

–En cuanto termines de comer. Mira, he traído sándwiches,

patatas fritas… pero antes tienes que lavarte las manos.

–Pero si no hay ningún grifo…

–No, pero he traído unas servilletas y tenemos hielo –sonrió Ryan–. A ver… uf, qué manos más sucias.

–Cómo me gusta darle a la pelota –rió el niño.

–Y lo haces muy bien. ¿Quieres un zumo?

–Sí, gracias.

Juan siguió hablando sobre el béisbol, su colegio, una chica de su clase que, supuestamente, le caía fatal y un saltamontes que había encontrado en el patio.

–Mi abuela está enferma, ¿verdad? –preguntó de repente.

Aquella pregunta lo pilló por completo descolocado.

–Pues sí… tiene artritis. Y una infección en el estómago.

La abuela del niño estaba ingresada en el hospital desde el día anterior y Juan estaba en casa de una familia de acogida a la que ya conocía y con la que se llevaba muy bien.

–¿Y está muy enferma?

–La he visto esta mañana y me ha dado permiso para decirte algo muy importante.

–¿Es malo? –preguntó el niño.

–No, no es malo. Yo creo que es bueno. Los padres de Kenny, tu compañero de clase, quieren adoptarte.

–¿De verdad? Una vez fui a su casa a una fiesta de cumpleaños y me lo pasé muy bien.

–¿Te gustaría vivir con ellos?

–Tienen jardín y un perro negro que sale corriendo cuando le tiras un palo…

–Pues muy pronto serán tu casa y tu perro. Están deseando que vayas a vivir con ellos, Juan.

El niño se puso a dar saltos de alegría.

–¡Yupi, yupiiiiiiiii! Voy a tener una familia y Kenny será mi hermano y tendré un perro… –entonces se detuvo y miró a Ryan, pensativo–. ¿Y tú?

–Yo seguiré yendo a visitarte.

Juan se agachó y tomó su mano, muy serio.

–Cuando me adopten tendré una familia y tú te quedarás solo.

A Ryan se le encogió el corazón.

«Te quedarás solo».

Esas palabras se repetían en su cabeza una y otra vez.

–No te preocupes por mí. Iré a verte siempre que pueda. Y en cuanto tu abuela se ponga bien, también ella irá a visitarte.

Afortunadamente los padres del niño, que debían permanecer en prisión varios años más, habían firmado el permiso de adopción.

Juan lo miró con una expresión demasiado madura para un niño de seis años. Y entonces lo abrazó, de repente.

–Te quiero mucho, Ryan.

Él se quedó paralizado. Le sorprendía tener aquel cuerpecillo tan pequeño, tan confiado, entre sus brazos. Y le daba las gracias por todo lo bueno que había llevado a su vida.

–Yo también te quiero, renacuajo –murmuró con voz ronca.

–Si te sientes solo, a lo mejor también puedes venir a la casa de Kenny.

Un segundo después salía corriendo con el bate de béisbol en la mano.

–¡No vayas muy lejos! –gritó Ryan.

Se quedó sentado en la hierba, pensativo, con el corazón lleno de amor por aquel crío.

Había estado tan seguro de que la falta de amor en su vida probaba que no existía… Hasta aquel momento no supo cuánto quería a Juan.

El amor existía.

Y el cariño de Juan había abierto su corazón: quería al niño, le preocupaba su futuro y deseaba lo mejor para él.

Pero entonces se dio cuenta de una cosa. Juan había tenido razón sobre algo más: cuando se fuera a vivir con la familia de Kenny, él se quedaría solo. Tendría su trabajo para hacerle compañía, podría montar en moto, ir de copas con sus amigos… y, desde luego, tenía dinero suficiente como para dar la vuelta al mundo.

Pero la idea de permanecer solo el resto de su vida creaba un agujero negro en su interior.

Anna.

Su nombre apareció de repente. Aunque no quería admitirlo, con ella había sido más feliz que nunca en toda su vida. Su presencia, su risa, sus miradas lo hacían feliz.

Y la idea de no volver a verla era insoportable…

¿Volvería a sentir la alegría de estar con una mujer, la ilusión de ver su rostro?

Ryan empezó a sentir miedo, un miedo que no había sentido nunca.

El amor existía.

Si uno sabía dónde buscarlo.

Si era capaz de enfrentarse con su pasado.

De repente, era como si el dolor de su infancia se hubiera desintegrado por arte de magia, liberándolo, dejándole ver lo que era importante y lo que no.

El amor no era algo que uno pudiese controlar; se instalaba en el corazón, haciendo que todo lo demás careciese de importancia.

Ryan miró su reloj. Debía llevar a Juan a su casa de acogida y después tenía algo importante que hacer, algo que no podía esperar.

Algo que podría cambiar su vida para siempre.

Juan le había enseñado que había amor dentro de él.

Y sabía exactamente a quién entregárselo.

Sólo esperaba no haberlo descubierto demasiado tarde.

Pero… ¿y si Anna había cambiado de opinión?

Ryan dejó a Juan en su casa de acogida, con un guante de béisbol nuevo y una promesa de volver a jugar con él al día siguiente.

Después volvió a su apartamento y cambió el coche por la moto. Necesitaba sentir el sol en la cara, la sensación de libertad que siempre le daba montar en moto, para compensar el miedo que empezaba a instalarse en su corazón. Unos minutos después iba en dirección al hotel donde se hospedaba Anna.

¿Y si se había marchado?

Iría tras ella.

¿Y si no quería saber nada de él después de cómo la había tratado en su casa el día anterior?

Haría todo lo posible para que cambiase de opinión.

¿Y si eso no funcionaba?

Se negaba a pensar en esa posibilidad. Por fin había descubierto que lo único que importaba de verdad en su vida era el amor de Anna.

Fuera quien fuera.

Y no pensaba rendirse.

Angustiado, dejó la moto en el aparcamiento del hotel y entró corriendo en el vestíbulo, rezando para que no se hubiera marchado.

–Hola, soy Ryan Cavanaugh. Tengo que ver a Anna Sinclair…

–¿Es usted Cavanaugh?

Ryan se volvió. Quien preguntaba era un hombre de pelo gris, impecablemente vestido, con unos ojos de color brandy que le resultaban familiares.

–¿Nos conocemos?

–Soy Peter Sinclair.

–Ah, ya –murmuró Ryan, sorprendido–. Su hija tiene los mismos ojos.

–Sólo nos parecemos en eso –reconoció el hombre, estrechando su mano.

–Mire, no quiero ser grosero, pero…

–Está buscándola, ¿verdad?

Ryan asintió, mientras desabrochaba su chaqueta de cuero.

–Así es.

El señor Sinclair apoyó un codo en el mostrador de recepción, mirándolo con sus inquisitivos ojos oscuros.

–¿La quiere? –le preguntó abruptamente.

–Sí, la quiero –contestó él.

–Su equipaje está ahí –dijo Peter Sinclair entonces, señalando dos maletas azules.

–¿Se marcha?

–La verdad, no sé qué va a hacer. Íbamos al aeropuerto, pero entonces tomó un osito de peluche al que llama Nayr y dijo que tenía que ir urgentemente a un parque… ¿entiende usted algo?

El osito que había ganado para ella en la feria.

–¿Cómo dice que se llama el oso?

–Nayr. Un nombre rarísimo. Me dijo que el nombre era muy importante para ella… Pero cuando era pequeña siempre elegía nombres raros para sus muñecos. Tenía un hipopótamo de peluche al que llamaba Retep y siempre me pregunté qué significaba…

«Nayr», pensó Ryan. Nayr.

¡Ryan! Era Ryan al revés. Al darse cuenta, su corazón se aceleró.

No era mucho a lo que agarrarse, pero no tenía nada más. Anna le había puesto su nombre al osito y aquella noche, en la feria, le contó que a sus muñecos les ponía los nombres de personas que eran importantes para ella. Y aún no se había ido de Portland.

–Sí, lo entiendo, señor Sinclair. Gracias. No puedo decirle lo que esto significa para mí.

–Lo sé –sonrió el hombre–. Pero no vuelva a hacerle daño a mi hija, ¿de acuerdo?

–Le aseguro que no –dijo Ryan, antes de salir corriendo.

Sabía dónde estaba Anna, en el parque donde se hicieron las fotos. En la rosaleda. Pero antes de ir allí, giró a la derecha para entrar en una tiendecita y salió poco después con una bolsa bajo el brazo.

Mientras se dirigía al parque, saltándose todos los límites de velocidad, rezaba para encontrarla.

Esperaba que Anna no hubiese ido al parque para despedirse.

Porque no quería que hubiese despedida.

–Bueno, Nayr, no sé muy bien qué estoy haciendo aquí –suspiró Anna, apretando al osito contra su corazón–. Deberíamos irnos al aeropuerto.

Estaba sentada en las escaleras del parque, sobre la rosaleda donde le hicieron las fotografías con Ryan.

El sitio donde había visto a Ryan Cavanaugh por primera vez, como un sueño hecho realidad con su cabello rubio brillando bajo el sol y aquel esmoquin que le quedaba de cine.

Aquel día la había dejado sin respiración.

Para después dejarla con el corazón roto.

A pesar de todo, estaba dispuesta a dejar atrás Portland y empezar una nueva vida. Y, sin embargo, se iba con la pena de no haber sabido luchar por Ryan, de no haber podido conseguir su amor. No se atrevía a insistir, ni siquiera se atrevía a llamarlo para decirle adiós.

Pero cuando llegó al vestíbulo del hotel se dio cuenta de que no podía marcharse sin hacer un gesto, sin verlo de algún modo por última vez; aunque no lo viese de verdad, aunque sólo fuera para guardar el recuerdo de aquel sitio en su corazón…

Y cuando llegó allí se dio cuenta de que no podía marcharse. Tenía que tomar una decisión.

«A veces hay que enfrentarse con los miedos».

Las palabras de Ryan se repetían de nuevo en su cabeza. ¿Había llegado la hora de abrir los ojos, como los abrió en la noria a pesar del miedo? ¿Había llegado la hora de pelear como una mujer hecha y derecha por el hombre del que estaba enamorada?

Si no lo hacía no tendría nada. Y si lo hacía… podría tener al amor de su vida.

El día de la sesión fotográfica llevaba un velo y Anna se dio cuenta de que no era sólo un trozo de tela sino, metafóricamente, algo con lo que había querido taparse los ojos. El velo la hacía sentir segura, protegida… pero también distorsionaba su visión del mundo.

Hasta aquel momento. Aquel maldito velo había sido arrancado de sus ojos y, por fin, podía ver el mundo como era.

Y lo más importante del mundo para ella era Ryan Cavanaugh.

Tenía que convencerlo, como fuera, de que debía darle otra oportunidad.

Había creído ser valiente el día anterior, cuando fue a su apartamento, pero en realidad fue muy cobarde. En cuanto él la rechazó, se echó atrás, asustada.

Sintiéndose verdaderamente valiente por primera vez en su vida, Anna se levantó y miró el cielo azul, casi tan azul como los ojos de Ryan. Apretó a Nayr contra su pecho y se dio la vuelta para subir al aparcamiento. Pero cuando llegó al final de los escalones oyó el ruido de una moto.

Una moto.

¿Ryan?

No, estaba imaginando cosas, pensó. Ryan no iba a aparecer en el parque para decirle que la amaba, que no podía dejarla escapar.

Eso tenía que hacerlo ella.

La moto se detuvo a su lado, pero la cabeza del hombre estaba cubierta por un caso. Aun así, su corazón se aceleró.

Podría ser cualquiera…

Como a cámara lenta, el hombre apoyó las piernas en el suelo y se quitó el casco.

–Hola, guapa, ¿vienes a dar una vuelta?

Su corazón empezó a dar saltos sin que pudiera evitarlo. Había ido, había ido a buscarla.

–No sé… se supone que no debo hablar con extraños –contestó, trémula.

Ryan sacó algo de una bolsa que llevaba bajo el brazo. Era un osito de peluche de color miel, con un lazo blanco atado al cuello.

–Creo que mi osita quiere conocer a Nayr. ¿Te gusta?

Los ojos de Anna Sinclair se llenaron de lágrimas.

–Se llama Anna, como tú. Y se pronuncia de la misma forma si lo escribes al revés.

Lo había entendido. Había entendido que el nombre de su osito era por él.

Temblando, Anna carraspeó para encontrar su voz.

–No sabes cómo siento haberte mentido…

–Calla –la interrumpió él, apretando su mano–. Fui un loco por dejarte escapar.

–No puedo creer que hayas venido a buscarme.

Ryan le puso un dedo sobre los labios.

–No digas nada más. Yo he sido un idiota por dejar que mi pasado me impidiera admitir lo que sentía por ti. No me di cuenta de que me había enamorado de lo que había en tu corazón… que seas una heredera o no me da exactamente igual. No he querido reconocer la verdad, cariño.

Anna lo miró, nerviosa.

–¿Y ahora estás dispuesto a hacerlo?

Ryan la besó apasionadamente en los labios y después escondió la cara en su pelo.

–Te quiero, Anna Sinclair. Me da igual quién seas, te quiero más que a nada en el mundo. Lo único que importa es que tú me haces el hombre más feliz de la tierra.

Cuando Anna levantó la mirada, lo que vio fue amor en los ojos azules del hombre, como un faro en medio de la noche, llamándola.

–Yo también te quiero con toda mi alma. Yo también he cometido errores… también me he dado cuenta de que estaba usando mi pasado como un escudo. Era fácil creer en la fantasía del amor haciendo vestidos de novia, pero admitir que uno es capaz de sentirlo es lo importante.

–A partir de ahora, eres lo más importante del mundo para mí –

murmuró Ryan.

–Eso espero. Y pienso recordártelo.

–No lo olvidaré nunca, amor mío. Confía en mí. ¿Qué tal si organizamos una boda de verdad?

–Me parece muy bien –sonrió Anna.

–¿Quieres casarte conmigo?

Anna Sinclair sonrió como no había sonreído nunca. La esposa de Ryan. Su propia boda… para la que ella misma diseñaría el vestido.

–Quiero casarme contigo, Ryan Cavanaugh.

No podía creer que hubiese encontrado el verdadero amor, no podía creer que fueran a tener su propia *Crónica Nupcial* en el periódico… aquella vez como novia, no como diseñadora.

Ryan la apretó contra su corazón y le dijo al oído una y otra vez cuánto la quería.

Y, por fin, Anna supo que había encontrado lo que llevaba buscando toda la vida. En sus brazos.

Para siempre.